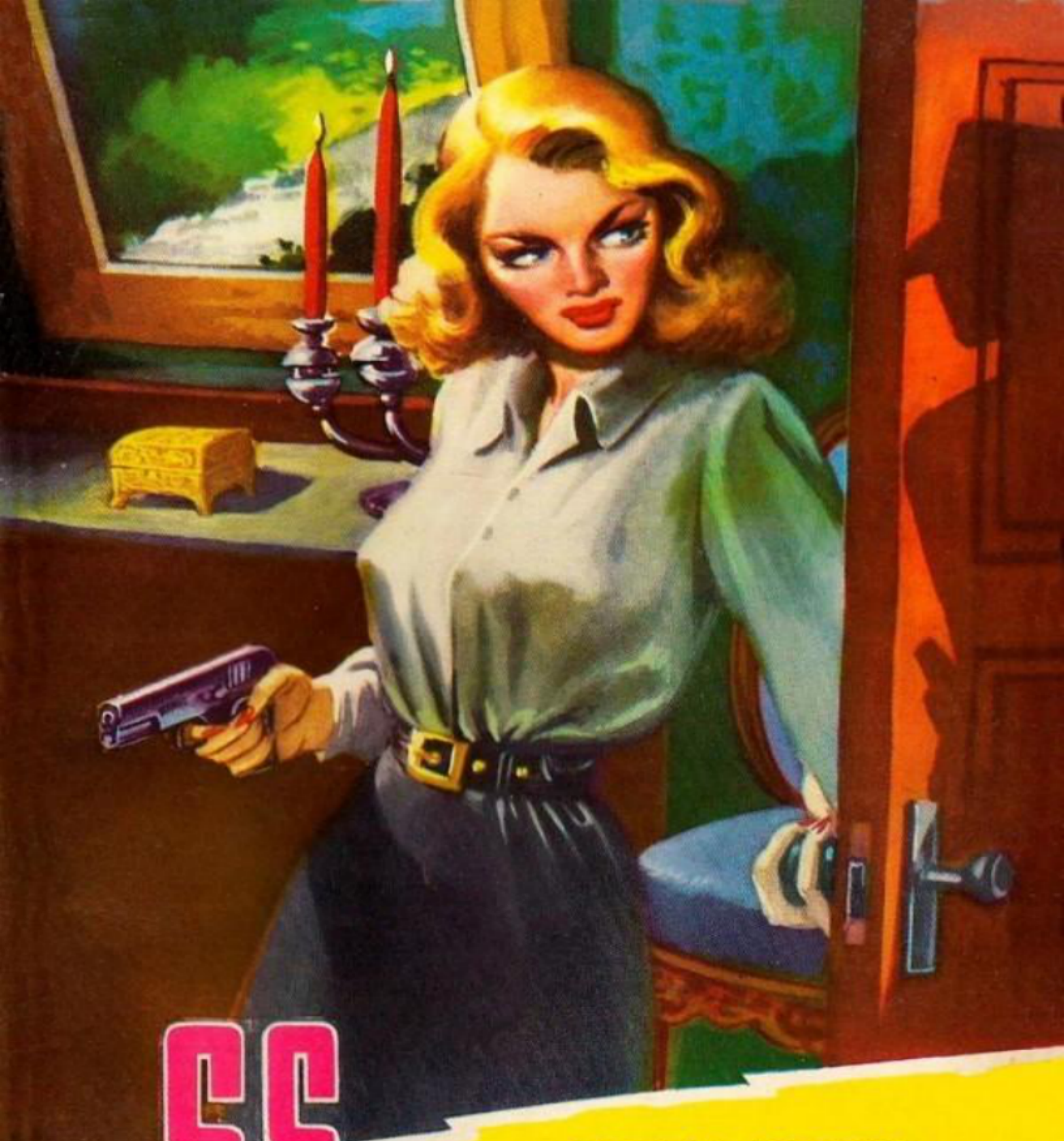


SS
SERVICIO SECRETO

PETER DEBRY

TOBILLOS DE ORO



PETER DEBRY

Tobillos de oro

1ª. EDICIÓN
ENERO - 1952

EDITORIAL
Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA
BARCELONA (6)

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS EN ESTA COLECCION:

1. — La brigada de los suicidas. **4.** — Sirenas tropicales. **6.** — Los cuatro ases. **8.** — El castillo de los ahorcados. **10.** — Peces de platino. **12.** — Gangsters en Casablanca. **14.** — Valses tétricos. **16.** — Los buitres negros. **18.** — En busca de una cabeza. **20.** — La atómica en Hollywood. **24.** — La bella del Bósforo. **26.** — La isla Corazón. **28.** — Los diablos del Ártico. **32.** — El pulpo humano.

36. — Piratería moderna. **38.** — Un pistolero en el F. B. I. **40.** — Dama «Dinamita». **44.** — Doctor Borgia. **46.** — Asesinatos en el Estadio. **52.** — La muerte lenta. **54.** — Platillos volantes. **56.** — Aviones sin rumbo. **64.** — El vampiro de Brooklyn **66.** — Cadáveres ambulantes. **69.** — Gongo Kong. **71.** — Los tiburones del «Tritón». **73.** — Balas perdidas.

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 – Barcelona



CAPÍTULO I
MILTON BURNS

Los cuatro escaparates de la representación y venta de los coches «Alfa», en Buenos Aires, mostraban cuatro modelos lujosos, último tipo. Al interior, el gerente de ventas, examinaba con esperanza al elegante individuo que recién apeado de un «taxi», estaba contemplando despaciosamente, uno a uno, los coches exhibidos.

La venta andaba mal: había crisis, y una gran competencia de marcas rivales. El gerente salió presuroso al encuentro del que acababa de entrar, y que en español, matizado de peculiar acento yanqui, preguntó:

—¿Aquel modelo, cuánto vale?

—Cincuenta mil pesos, señor. Es nuestro mejor modelo, dotado de cuanto puede exigir el más sibarita de los entendidos. Si para el señor resulta más fácil, me honrará conversando en su idioma natal.

El norteamericano, un hombre de unos treinta y cinco años, replicó:

—En mis viajes prefiero practicar los idiomas. Deseo probar este coche.

—¡Carlos! —llamó el gerente, apresuradamente. Acercóse un joven, chófer, de primera, probador.

—Es nuestro mejor piloto, señor. Carlos: lleva al señor por donde te ordene.

A la media hora, el coche regresaba, y el norteamericano, apeándose, manifestó:

—Excelente. Pero encuentro el precio excesivo. Esta misma mañana he probado otros dos, un «Minerva» y un «De Soto», y francamente, aunque éste me gusta más, los precios de aquéllos son mejores.

—No quisiera perder un buen cliente y propagandista, señor…

—Milton Burns, agente de negocios.

—Sacrificaré mi comisión para un colega, Mr. Burns. Es suyo, por cuarenta y cinco mil.

—Bien. Allá decimos que el comerciante que gana cero en una operación, añadirá un uno delante a los tres ceros.

Milton Burns extrajo del bolsillo interior de su bien cortada americana, un largo estuche de tafilete granate. Contenía un carnet de cheques y una estilográfica de jade y oro.

El gerente, con disimulo, leyó el nombre del Banco: «Travellers Bank», la entidad muy solvente que garantizaba todas las operaciones de los viajeros norteamericanos.

Milton Burns, firmó, arrancó la hojilla, y, entregándola al gerente, manifestó:

—Me alojo en el «Asteria». Lleven allá el coche y la documentación. Muy buenos días.

A la una, el probador Carlos entregaba las llaves del coche y la documentación al propio Burns, ante el mostrador.

A las cuatro, el gerente se ponía al teléfono.

—«Acabo de realizar una operación de compra, para mí legal, puesto que el vendedor me ha entregado la documentación de propiedad. Se trata de un «Alfa», nuevo, apenas con ochenta millas en el marcador. Yo estaba tomando café en el bar del Astoria, cuando oí decir que un americano, vendía su «Alfa» por veinte mil pesos. Los he pagado…»

—¡Cielo santo! —gimió el gerente—. ¡Le han timado, señor!

—«Tengo los documentos de propiedad, y…»

—¡Pero yo acepté un cheque! Eran las doce, y hoy es sábado. Los Bancos cerrados. ¿Está claro? Me ha dado un cheque sin fondos…

—«Ya me temía yo algo parecido. Me extrañaba pagar veinte mil por lo que vale cincuenta. Creí que era un americano extravagante. Oiga, yo he ido de buena fe…»

—Así me consta, y gracias, señor. Voy al instante al Astoria.

A las cuatro y quince, el sudoroso gerente, pedía, ser recibido por el huésped de la habitación número 16.

Milton Burns, en batín, estaba escribiendo un cablegama. Dijo:

—Siéntese, por favor, un instante.

Terminó de escribir el texto en rápidas y precisas mayúsculas, y encapuchando la estilográfica, invitó:

—Usted dirá.

—Es molesto para mí, señor, pero la casa me ha pedido garantías del cheque. Usted no ignorará que lo firmó al mediodía, hoy sábado, y los Bancos cierran a esta hora.

—Muy bien, ¿y qué quiere que haga yo?

—Me bastará el nombre de algún comerciante solvente que le garantice.

—No conozco a ninguno en Buenos Aires, aparte usted.

Había una leve ironía en el semblante duro del rubio yanqui. El gerente trató de dominar su nerviosismo, y continuar siendo diplomático, aunque a cada segundo que pasaba estaba más convencido de hallarse ante un timador internacional.

—¿Puedo solicitar por radiograma informes comerciales en su ciudad de residencia?

—Mi residencia es el mundo.

—Pero el Banco de su ciudad natal…

—Abandoné California cuando tenía once años.

—¡En fin! ¿Nadie puede garantizarle?

—Mi cheque es suficiente garantía.

—Hasta el lunes no puedo comprobarlo.

—No haberlo aceptado, si después le acometen sospechas.

—Usted ha vendido este coche que ajustó en cuarenta y cinco mil, a veinte.

—Soy muy libre de disponer de mis bienes, señor. Y creo que hemos hablado bastante. Mañana he de partir hacia Europa…

—¡Ah, no; ah, no! —protestó ya sulfurado el gerente ante lo que estimaba el colmo de la desfachatez—. Usted no se va hasta que no quede aclarado este asunto.

—No se acalore, y atienda un consejo: Váyase, y daré por olvidado este comportamiento insultante.

—¡Exigiré!… ¡Presentaré denuncia!…

—Cuidado, amigo.

—¡Ni amigo ni cuidado! Ahora mismo voy a llamar al comisario Berjillo, de la Brigada Social.

—Usted es muy libre de llamar a quien se le antoje.

El gerente abandonó la antesala de la alcoba, furioso. En el pasillo, advirtió a un camarero:

—Llame al detective del hotel, y que bajo ningún pretexto salga del 16 el americano. ¡Es un estafador!

A las cinco, el comisario Berjillo llamaba al número 16. Milton Burns, en batín, seguía escribiendo cablegramas.

—Buenas tardes. Hay una denuncia contra usted. Le ruego aporte garantías a su cheque. Soy el comisario Berjillo, de la Social.

—Firmé un cheque y basta.

—Esta actitud no le favorece. Me veré precisado a atender la demanda del denunciante, y retenerle en el hotel, hasta el lunes.

—Escuche, comisario: Yo no quiero perjudicar a un imbécil. Mañana, he de tomar el avión para Madrid, donde el lunes por la

noche celebraré una entrevista con un posible comprador de una patente. El miércoles, tengo que estar en Bruselas, para tratar de la compra, de un guión cinematográfico. El viernes he de estar en Londres, para ultimar…

—Resuelva primero este incidente. Abone en metálico el importe del cheque.

—Di un cheque, por serme más cómoda la operación así.

—Lo siento, pero no podrá usted abandonar sus habitaciones.

—Por última vez, le indico tome en consideración que si no salgo mañana, mis negocios en Madrid, Bruselas y Londres pueden fracasar, porque son realizables a fecha fija. Si me impiden tomar el avión mañana, reclamaré daños y perjuicios, querellándome por calumnia…

—Bien, bien —dijo, irónicamente, el comisario—. El lunes tendrá usted tiempo de querellarse con quien se le antoje.

El lunes, a las nueve de la mañana, apenas se abrieron las ventanillas de caja, el gerente, acompañado del comisario Berjillo, presentó el cheque al cobro.

Pasaron cinco, diez, quince minutos, y por fin, un cajero pronunció el número del cheque, firmado por Milton Burns. Iba contando fajos de billetes. El gerente, pálido, murmuró:

—¿Me lo va… a hacer efectivo?

El cajero pestañeó:

—Rara cosa, caballero. Parece usted contrariado por cobrar cuarenta y cinco mil pesos.

En el Banco, el viernes anterior, Milton Burns había depositado cincuenta mil pesos, abriendo cuenta corriente. En sus habitaciones, Milton Burns vio aparecer un contrito gerente, que suplicó:

—Mis más rendidas excusas, señor. Yo le pido mil perdones…

Milton Burns señaló a un individuo sentado tras una mesa, en la antesala.

—Entiéndase con el letrado que me representa. Posee todos los informes necesarios, y la demanda por un millón, en concepto de daños y perjuicios. Otro millón, por descrédito comercial, calumnia injuriosa, mala fe y retención ilegal.

La patente era invendible, pero había un capitalista madrileño dispuesto a tratar el lunes por la noche en el «Palace», con el corresponsal Milton Burns. En Bruselas, un productor dispuesto a ordenar la primera vuelta de manivela, había aceptado, recibir el miércoles a Milton Burns, para tratar de la adquisición de un guión, que no leería hasta el sábado. En Londres, una firma de exportación, estudiaría el presupuesto presentado por Milton Burns, antes de firmar un contrato con otro representante de conservas californianas. Pero todo esto sólo lo sabía Burns.

El Tribunal de Comercio sentenció, debiendo inclinarse ante el texto de los artículos citados por el defensor de Milton Burns, demandante. La casa «Alfa» pagó un millón doscientos cuarenta y dos pesos con diez centavos.

El comisario Berjillo estaba en el aeródromo, en el bar, media hora antes de que el avión despegase hacia Panamá, y entre cuyos pasajeros figuraba Milton Burns.

Le saludó ceñudo, para decirle:

—El Tribunal está plenamente convencido que usted obró calculadamente para producir en el ánimo del infortunado gerente la impresión de que se hallaba ante un timador. Pero legalmente usted ha ganado. Un timo perfectamente planeado, Milton Burns. Pero escúcheme bien… El gerente se ha suicidado, en un ataque de nervios, al ser despedido. Tiene usted suerte. Yo, si hubiera sido el gerente, le hubiese primero propinado la más monumental de las palizas, Burns. No podrá repetir este timo en ninguna ciudad del mundo, porque he hecho imprimir el relato minucioso de este timo, con su foto, y el impreso será enviado a todas las comisarías del mundo, para que, si algún comerciante presenta denuncia contra un cheque firmado en sábado a las doce, por mercancías revendidas a bajo precio por la tarde, sepan ya lo que han dé hacer con usted.

Milton Burns terminó de beber su *whisky* doble.

—Y su ingenio, de emplearlo en mejores usos, le valdría tranquilas ganancias. Pero atienda bien, Milton Burns; usted está marcado con el estigma del crimen. Puede reírse… Ya sé, yo para usted soy un policía de pega, un comisario de tango. Pero recuérdelo cuando vaya a la silla eléctrica, a la horca o al garrote. Usted tiene pocos meses de vida. Morirá como merece. Adiós… ¡Y mal viaje!

Milton Burns se limitó a sacudir de su hombro una inexistente mota de polvo empleando el índice y el pulgar.

Poco después, el avión remontaba el espacio, rumbo a Panamá. Milton Burns planeó otro golpe magnífico en Caracas, a los dos meses de su salida de Buenos Aires.

Todo estaba estudiado hasta en el menor detalle. Milton Burns hubiese podido ser profesor de psicología, porque sabía cómo reaccionaría un ser humano normal ante determinadas circunstancias.

Pero le falló el estudio psicológico de la rección de un español llamado Álvaro Patiño, que tenía un bien montado negocio de conservería en La Guaira.

Patiño, nació en una aldea de Pontevedra, hablaba suave y parecía casi acobardado, ante el elegante yanqui. Pero Patiño, cuando se dio cuenta de que iba a perder unos centenares de miles

de bolívares, ahorrados con muchos sudores y sacrificios, perdió toda suavidad, convirtiéndose en un fiero energúmeno, tanto más furioso, cuanto más comprendía que por vía legal nada podía obtener.

La entrevista borrascosa en la que el gallego echó en cara al estafador su indignación, tenía lugar en uno de los secaderos de la factoría.

Milton Burns vióse por vez primera ante la inminencia de una muerte brutal. Los dos puñetazos primeros le entontecieron, pero Patiño resbaló en escamas del suelo, al arrojarse sobre su antagonista.

Al alcance de la mano de Burns había un mango de herramienta. Lo asió, golpeando en la frente al que, restablecido el equilibrio, avanzaba los dos puños.

La brecha sangrienta que surcó la cara de Patiño, devolvió toda la sangre fría a Burns. Miró la herramienta que empuñaba. Era un hacha, y a sus pies, Álvaro Patiño yacía inerte, sin respirar.

Milton Burns, con su pañuelo, limpió el mango, frotando vigorosamente. Abandonó la factoría, convencido de no haber sido visto por nadie. Si huía, se denunciaría a sí mismo.

No volvió al hotel, en espera de la edición nocturna de la prensa. En un café, leyó que Álvaro Patiño antes de morir, describió a su asesino.

Milton Burns atravesó a lomos de caballo, la frontera venezolana con Colombia, y logró embarcar en un cargo que, atravesando el istmo de Panamá, rendía viaje en los Keys, la cadena de islotes al sur de la península del Estado de Florida.

Y Milton Burns determinó que Miami, la opulenta ciudad playera de Florida, podía ser un buen campo de acción. Los rascacielos de un blancor agresivo, alojaban numerosos ricachones dedicados en sus vacaciones de reposo, a apostar en las carreras de caballos, lebreles y coches.

En el Tropical Park, en el exótico marco de las palmeras reales, los macizos de llores, los estanques con el zancudo flamenco rosa y el negro cisne, Milton Burns comprobó también que si en Miami abundaba el dinero, abundaba un eficaz e inteligente servicio policial.

Y no eran policías del tipo clásico, sino de la mejor escuela metropolitana y del «Federal Bureau of Investigation». Algunos parecían cándidos burgueses tenderos, otros agentes eran llamativas maniquíes de casas de moda, y aquella red protectora formaba una malla legal muy difícil de atravesar.

El cerebro de Milton Burns empezó a buscar algo que le evitase el menor contacto con los agentes que podrían relacionarle con un

asesinato en La Guaira… y se cumpliese el agorero destino profetizado por un comisario de negro cabello abrillantinado, allá en Buenos Aires. Pero los días y las noches pasaban sin que Milton Burns hallase algo positivo.

CAPÍTULO II
MYRIAM VANDORF

El mejor clima de los Estados, como pregonaban los periódicos de Florida tenía también sus caprichos. Y en Miami, la lluvia al atardecer tenía melancolía o era un simple contratiempo pasajero según el espíritu de quien la observaba.

Myriam Vandorf tenía un piso alquilado por años enteros en Miami, aunque sólo lo ocupaba dos o tres meses y en breves estancias. Estaba mirando a través de los cristales como la lluvia fluía mansa y constante, inundando jardines y calles, y convirtiendo el azul, intenso del mar en un gris sucio tristón.

Myriam Vandorf llegaba a sus veinticuatro años, no habiendo nunca conocido la menor contrariedad. Rica por herencia, amante de todos los lujos, hermosísima estaba ahora asimilando la primera vejación, tanto más humillante cuanto que hasta entonces sólo había sido obsequiosamente reverenciada por cuantos vivían de vender y comerciar.

A su lado estaba un individuo, que hasta entonces había sido la personificación de la humildad admirativa. Era el administrador del rascacielos, donde se alojaban doscientos inquilinos.

Y su tono era seco, como si se vengara de anteriores servilismos:

—Mi muy querida señorita Vandorf: cuando no se puede pagar, hay que acomodarse a los medios que uno tiene. Es la tercera vez que le presento el recibo de alquiler, y obtengo promesas pero nada efectivo. Estamos en plena temporada, y este piso está solicitadísimo.

—Me está usted asqueando.

La réplica orgullosa exasperó al administrador:

—Ha ido usted vendiendo sus joyas, y nadie ignora que se ha comido hasta el último centavo de los capitales que acumuló su dignísimo padre en Boston. Ha querido usted vivir como siempre, sin darse cuenta que ya se acabó su fortuna, mi orgullosa señorita. Mañana finalizará el plazo legal, y pague o abandone el piso dejando en él los restos de su equipaje. He tenido paciencia tres meses. Ya se acabó toda contemplación…

—Salga de aquí. Usted mismo admite que hasta mañana por la noche, tengo tiempo para liquidarle esta bagatela…

—¡Menos presumir! Esa bagatela son tres mil dólares y no tiene usted ni para comprar un paquete de cigarrillos…

Myriam Vandorf agitó los largos cabellos rubios, y adelantó las dos manos engarriadas, cuyas uñas hicieron retroceder al administrador, que ya en la puerta, exclamó:

—¡Mañana, fuera de aquí!

A solas Myriam Vandorf volvió a contemplar la lluvia monótona. En Miami había centenares de chicas como ella, bonitas, seductoras, elegantes y no aventureras, porque muchas eran ricas herederas, y algunas, poseían un nombre digno, sin fortuna… como ella.

Y los millonarios no acudían a Miami para casarse, sino que, todo lo contrario, desconfiaban de la más hermosa mujer. Además, ella tenía orgullos especiales. Era incapaz de pedir prestado ni de insinuarse con ningún hombre.

Pero quería seguir viviendo lujosamente, respetada, pudiendo comprar lo que se le antojase, y ver sonreír respetuosos a los comerciantes…

Crispó los puños. Necesitaba dinero y lo obtendría. Se tendió en un diván, cruzó las magníficas piernas, y hora tras hora fué meditando en todas las posibilidades de obtener dinero en cantidad y sin humillarse.

En los ceniceros iban acumulándose colillas. Por fin, cuando se levantó para abrir los ventanales, y despejar el aire enrarecido, una bocanada de aire fresco, bienoliente a flor mojada y tierra húmeda, le acarició el bonito semblante de grandes ojos azules.

Miami brillaba, con los millares de luces, y en el tachonado cielo las estrellas guiñaban investigadoras, cortejando una luna redonda, bonachona.

Myriam Vandorf estaba maravillada, porque su imaginación acababa de revelarle un tesoro. El pensamiento encauzado por senderos de astucia, era una fortuna.

Se sentó ante la coqueta, dónde los productores «Max Factor», «Elizabeth Arden», y «Ward», se alineaban en sus respectivos estuches. Era lo último que conservaba, aparte de dos maletas con vestidos de grandes firmas. Y un anillo que no quería vender, porque tenía la creencia de que era como un talismán.

Un anillo de triple cerco de platino, engarzando dos perlas purísimas y un granate anaranjado, obsequio de su padre al cumplir ella los veintiún años, poco tiempo antes de que falleciera de colapso cardíaco.

Se miró al espejo, y dió vuelta al anillo. Sólo quedaba visible el triple cerco de platino, que ahora parecía así una alianza.

—Tus cabellos, tus ojos y tus labios, Myriam —se habló.

Eligió una botellita en un estuche. Contenía un tinte caoba obscuro, especial, que había empleado alguna noche para que avalorase cierto modelo de traje nocturno.

Eligió un lápiz de labios, perfilador, y probó distintos maquillajes. Sí, aquel trazo en corazón alargado, le cambiaba totalmente el dibujo facial, aplicando el leve toque sonrosado en las mejillas a lo alto de los pómulos.

El rasgo acentuado hacia las sienes de las cejas, acababa de cambiar su semblante. Era prodigioso lo que se podía hacer conociendo todos los recursos del maquillaje, pero quedaba algo delator.

La azulada anchura de los ojos. Volvió al diván, fumó siete cigarrillos consecutivos, y al final se levantó triunfante.

Recordaba a la que siendo miope, deseaba dejar de serlo, sin llevar gafas. Había comprado lentes invisibles. Dos medias lunas de tenue cristal, colocadas bajo los párpados. Y aquellas medias lunas no eran caras. Podían adquirirse en cualquier óptica. Las había cubiertas de un baño negro, que sólo tenían el inconveniente de sombrear las pupilas…

El último inconveniente era que Myriam Vandorf no podía salir transformada en otra muy distinta del alojamiento, donde ya empezaban a cuchichear al verla.

Durmió sobresaltada, encendiendo la lamparilla, cuantas veces en su semivigilia se le ocurría un detalle más. Al amanecer, su proyecto era un prodigio de perfección, infalible.

Llamó por teléfono al administrador, diciéndole secamente:

—Telegrafié a unos amigos, y esta misma noche le pagaré dos años. Y usted me dará toda clase de satisfacciones por su grosero comportamiento de ayer.

El administrador prefirió limitarse a contestar:

—Servidor, señorita Vandorf.

A las once de la mañana, Myriam Vandorf había entrado en una tienda de óptica, eligiendo lentes invisibles de las más negras. Pagándolas, le quedaban aún doce dólares con veinte centavos.

Llevaba un sastre azul, con blusa blanca rayada, y sandalias que hacían palidecer de envidia a las elegantes, porque no las habían visto en ningún zapatero. Un modelo especial, único.

Algún que otro paseante, contemplaba con deleite de embeleso, el paso decidido de aquella espléndida rubia, distinguida, racialmente aristócrata.

Myriam Vandorf llevaba el saco de blanca lona con áncora azul, que solía contener cuanto precisaba para bañarse.

A las once y media alquilaba una caseta al exterior de Miami ciudad. Eran útiles aquellas casetas, que ahorraban empleados. Se abrían al depositar en una ranura un dólar. El interior era confortable, y la caseta se rodeaba de un discreto emparrado. Pocos clientes tenía a una hora como aquella, considerada plena

madrugada para los noctámbulos en que se convertían cuantos acudían a Miami.

En el interior de la caseta, cuyo dólar le daba derecho a ocuparlo ocho horas, Myriam Vandorf fué transformándose. El cabello caoba, con el tinte rápido; labios, pómulos y cejas quedaron diferentes, con ayuda de color y lápiz, así como los párpados.

La colocación de los lentes bajo el párpado superior, era algo desagradable, y obligaba a una fijación de órbita, que casi suprimía el pestañeo. El folleto de uso recomendaba no conservar aquellos lentes al principio más de dos horas.

Del saco extrajo unos zapatos de medio tacón, unas medias cuyo color engrosaba sus piernas, una falda gris, blusa naranja y una especie de bolero que también era, motivo de envidia.

Abandonó la caseta. La desierta playa rumoreaba bajo el sol, besada por un mar plácido, que se desflecaba con cansancio en blanca espuma.

Un autocar del servicio que cada dos minutos pasaba, la recogió, y poco después, Myriam Vandorf paseaba por las grandes avenidas, deteniéndose ante sombreados escaparates.

Por fin, a las doce y cuarenta, entró en la joyería Simpson, cuyo interior tenía una sobriedad impresionante. Los vendedores con corbata plastrón, chaqueta negra, pantalón a rayas, y charol en los pies, hubieran podido pasar por plenipotenciarios en la Embajada más estrictamente rigurosa.

Myriam Vandorf sabía comprar. Tenía ese indefinible don de seguridad en sí misma, que sólo posee la cliente muy acostumbrada a elegir, con acierto.

Se aproximó a una larga mesa, de patas, torneadas, que soportaban una cristalera donde se transparentaban sobre un lecho de negro terciopelo, joyas masculinas: gemelos, pitilleras, encendedores, relejes. No abundaban. Había sólo cuatro juegos completos.

Myriam Vandorf señaló la parte izquierda, al silencioso vendedor, que sólo había inclinado respetuosamente la cabeza al entrar ella.

El silencio era uno de los consejos primordiales de la casa Simpson a sus empleados noveles. Silencio, hasta que el cliente abra la boca.

El empleado retiró con hábil presteza bandeja disimulada, que al salir fuera del cristal, mostró la pitillera, el encendedor, unos gemelos y un reloj, con un sencillo dibujo ornamental, que había sido la pesadilla de numerosos dibujantes y orfebres antes de culminar en una feliz terminación.

Myriam Vandorf se limitó a sacar de su bolso, un librito de

cantos dorados, del que quitó el pequeño lápiz sujetador, y preguntó:

—¿Cuánto?

—Veinte mil, señora.

—Encargue que sea colocado en un estuche como aquél.

Señaló un cofrecito de madera de sándalo y cedro. El dependiente saludó con sincero respeto. El estuche valía…

—¿Cuánto?

—Mil, señora.

Ella anotó la segunda cifra bajo la primera. Interrogó:

—He de renovar un servicio de mesa, pero no creo tengan lo que preciso.

—La señora me hará el honor de indicarme su preferencia.

—El resto es del catálogo de Cartier. Lo adquirí en Los Angeles. Estaba numerado como Boldini.

—Si la señora nos da unos días, puedo tomar nota. Ruego a la señora se digne precederme al salón, mientras ordeno al dibujante se ponga a la orden de la señora.

En el salón, un dibujante fué tomando notas en rápidos rasgos. El dependiente apareció, para afirmar:

—La señora tiene nuestra formal promesa de que le remitiremos este servicio exactamente el viernes a la hora que la señora elija.

—Bien. Muéstreme su existencia en diamantes tabla y en diamantes rosa. Necesito cuatro para completar un aderezo.

Una bandeja de fondo obscuro, hizo resaltar las irisxaciones de diamantes labrados por la haz en plano, y alrededor con cuatro biseles, y dos planos por el envés.

Los gestos del dependiente eran místicos, al aplicar la varilla que iba haciendo girar las piedras sueltas.

Indicó ella un tamaño, hablando en términos puramente técnicos. El dependiente apartó los cuatros requeridos.

—¿Cuánto?

—Ocho mil el tabla, cuatro mil cada rosa, formando un total de veinte mil.

Ella inscribió en la libretita y trazó una raya, sumando.

—Cuarenta y un mil, señora —dijo el dependiente.

—A las tres y media, mi marido empieza su consulta, y habremos ya regresado del baño. Procure no retrasar la entrega, porque la consulta empieza a las tres y media.

—Sin falta, señora. Será un honor para mí, llevar sus adquisiciones personalmente.

Y lápiz en alto, el dependiente esperó la dirección:

—Everglade, 1453, sexto B. Doctor Brooks, Orlando Brooks. A las tres y media en punto.

—Sin falta, señora. Muy agradecido, señora. A sus pies.

Ya en la calle, Myriam Vandorf llamó a un «taxi», y poco después, estaba de nuevo en la caseta. Tomó el sol de busto para abajo resguardada la cara por amplia sombrilla.

Cuando el reloj de pared del bar central señaló las dos y media, regresó a su caseta, quitándose el traje de baño, y volvió a colocarse los lentes que sombreaban sus pupilas, convirtiéndolas en densamente obscuras, muy distintas al claro azul legítimo.

A las tres y cinco minutos llamaba al timbre del sexto piso, departamento B, del rascacielos de la avenida Everglade, 1453.

La puerta se abrió automáticamente y ella avanzó hasta el fondo. Tras de una mesa, había una mujer vestida de blanco, que pulsó el botón que volvía a cerrar la puerta.

No había nadie más en la sala de espera.

—Buenas tardes —saludó Myriam Vandorf.

—La consulta empieza a las tres y media, señora.

—Lo sé. Pero es un caso urgente. Mi marido llegará a las tres y media en punto. Le he dado cita aquí, y él ignora que es la consulta del doctor Brooks. Desearía hablar privadamente con el doctor. Se lo ruego.

La secretaria enfermera regresó al poco tiempo.

—Puede usted pasar. El doctor la recibirá.

En el despacho, el doctor Orlando Brooks, reputado neurólogo, se puso en pie al entrar Myriam Vandorf.

—Siéntese, señora. Usted dirá.

—Es un asunto delicado, doctor.

—Los que trato son delicados, señora. Hábleme con toda confianza, sin reservas.

—Mi pobre marido sufre alucinaciones. No pretendo que esté loco, ni mucho menos, doctor.

—Mis pacientes no son locos, señora. Son generalmente organismos delicados. Prosiga. ¿Cuándo apreció usted la primera alucinación padecida por su marido?

—Fué en Nueva Orleans, donde residimos. Tiene negocios, y trabaja en exceso. Conseguí que viniese conmigo a Miami, pero a los tres días, volvió a cometer una rareza.

—¿De qué índole?

—A un desconocido, lo abordó en la calle, diciéndole que las letras que había girado, habían sido protestadas. El desconocido, creyó en una embriaguez de mi marido. Me costó, mucho convencer a mi marido para que siguiera caminando.

—Ya. Un exceso de trabajo, una confusión mental. ¿Qué más alucinaciones sufre su marido?

—Compulsa después de comer cientos de facturas atrasadas. Las

quiere presentar al camarero, que nos sirve, al chofer… —y Miriam Vandorf hizo un patético gesto de estremecerse—. Tengo miedo, doctor, de que mi John…

—No se inquiete. Es un caso sencillo. No es el primer hombre de negocios saturado de números.

—Yo le he citado a las tres y media en punto, aquí. No deseo que se dé cuenta que usted es un doctor psiquiatra.

—Neurólogo, señora, muy distinto a psiquiatra. Los síntomas que yo pretendo sanar, no son del terreno psiquiátrico, sino más bien desórdenes nerviosos, fáciles de curar con tratamientos sencillos.

—Es que si él se da cuenta…

—Basta que le diga que yo soy un amigo.

—Me mortificará presenciar…

—No hace ninguna falta, señora, ninguna falta que esté presente. Espere en la sala. Cuando llegue su marido, usted misma abra la puerta, y déjeme a solas con él.

Myriam Vandorf, a las tres y media, al oír el timbrazo, se levantó. La puerta se abrió, y estaba ella ya en el dintel.

El de la joyería, saludó reverente. Ella cogió de sus manos el paquetito, diciendo:

—Pase usted. Mi marido le está esperando.

Le condujo al despacho, donde el doctor, sonriendo amablemente, avanzó tendiendo la diestra:

—Celebro conocerle.

El dependiente, extrañado de tanta llaneza en un reputado médico, que tenía que pagarle cuarenta y un mil dólares por adquisiciones de su esposa, sonrió maquinalmente.

Myriam Vandorf cerró la puerta, comentando con la secretaria:

—Es horrible, horrible.

—No se preocupe, señora, que el doctor curará a su marido.

—Voy a avisar a mis padres, que por fin, mi pobre John está ya atendido, por el mejor especialista de Miami. Ellos creían que me sería imposible conseguir que John visitase al doctor.

Se fué. Mientras, en el despacho, el dependiente extrajo de su cartera, una factura dibujada con letras doradas sobre pergamino rosa.

—Supongo, doctor, que su señora esposa le habrá informado del montante de esta factura.

—Sí, sí, cómo no…

—Cuarenta y un mil dólares, doctor. Una buena invasión, porque el platino y los cuatro diamantes, son siempre joyas de las que llamamos de interés duplicado.

—De acuerdo. Y dígame, ¿no percibe usted un cierto calor?

—En absoluto, doctor. Muy amable. Diría más bien que hace fresco, seguramente por refrigeración indirecta.

—Exacto. —dijo con la misma benevolencia el doctor, mirando con fijeza las pupilas del dependiente, que empezaba a sentirse molesto. Pensaba que los médicos de enfermedades nerviosas, siempre pueden contagiarse de las manías de sus clientes—. Exacto, exacto. Estoy convencido de que usted, al bañarse en el mar, percibe una sensación de cansancio, de físico agotamiento.

El dependiente rió respetuosamente:

—Me encuentro muy fuerte, doctor.

—Eso siempre nos lo creemos, pero usted tiene la pupila dilatada, síntoma de cansancio evidente, de fatiga intelectual.

—Es posible, doctor, es posible. Me perdonará, pero he de estar a las cuatro en mi trabajo.

—No urge. Póngase cómodo, y dígame: ¿qué método de trabajo y horario lleva usted en Nueva Orleans?

—¿Nueva Orleans? Nunca he estado en Nueva Orleans.

—Vamos, vamos… Su esposa…

—Soy soltero, doctor. Usted me confunde con otro. Yo soy empleado de la casa Simpson, donde esta mañana, hacia la una, su esposa compró por valor de cuarenta y un mil dólares…

—Mi esposa está en las Bermudas, en casa de sus tíos.

—Perdone, doctor, que le contradiga, pero su esposa acaba de recibirme ahora mismo, y usted la vió perfectamente.

—No es mi esposa. Es su esposa de usted.

—¡Oiga, doctor! —exclamó sulfurado el dependiente—. Permítame protestar por lo que considero una broma inadecuada.

—Está usted transpirando.

—¡No voy a sudar! Me trata usted como si yo fuera un demente.

—No diré tanto, pero sí que debe usted someterse a un tratamiento enérgico y sin perder un instante.

El dependiente se puso en pie, esponjándose el sudor frontal:

—Tal vez el tratamiento le sentaría mejor a usted, doctor. Ponga su firma aquí, en esta factura, y no le tendré en cuenta esta broma poco digna que está usted verificando con un pobre empleado.

—Pero, ¡hombre de Dios! Usted es John…

—¿John? Me llamo Adams, Franklin Adams. Telefonée a la joyería Simpson, hágame el favor… No me saque de quicio, doctor; hágame el favor de telefonear a la joyería Simpson.

Impresionado a su pesar, aunque muchos de sus pacientes ostentaban la misma sinceridad vehemente, el doctor marcó el número que le indicaba el dependiente:

—¿Joyería Simpson?… Al habla, aquí el doctor Brooks.

A los cinco minutos, el doctor Brooks, imprecaba, maldecía y

sudaba. El dependiente describía a un inspector de la Brigada Social y Mundana, los cabellos caoba, los negros ojos, la boca gruesa, las cejas orientales y las amplias caderas de la timadora de busto generoso.

La cuál hacía ya largo rato, que tras subir a un «taxi» en la misma avenida Everglade, habíase apeado ante la puerta principal del hipódromo de Hialeah.

En el campo de carreras de Hialeah, el público jaleaba a sus respectivos favoritos en la carrera de trotones.

Myriam Vandorf, con gafas de sol, se acercó a uno de los diversos «salvavidas», llamados así porque prestaban en el acto, dinero contante, a los pordioseros, que en garantía dejaban objetos valiosos, principalmente relojes, anillos, pendientes…

Había elegido a Sammy Wilder, un bondadoso judío, que sufría escalofríos viendo a los jugadores depositar alegremente billetes en las taquillas de apuestas.

—A sus órdenes, señora —dijo el judío, tras mirar en la mano femenina el aro de platino.

—Tengo aquí, en el bolso, un regalo que compré hace unos instantes, porque hoy es el cumpleaños de mi marido. Guárdelo un momento, y al terminar las carreras, iremos a mi hotel. He perdido ya veinte mil, y en el palco una amiga mía, me ha dicho que usted ayuda a los jugadores, por un tanto de interés moderado.

Sammy Wilder miró el cofrecito de sándalo y cedro, con su juego de platino.

—Un obsequio precioso, señora, que acredita un gusto refinado. Su marido estará contento. ¿Cuánto desea usted al diez por ciento?

—Me bastarán quince mil.

—¡Por Jehová, señora! ¡Quince mil!

—Me ha costado, hace apenas una hora, veintiún mil.

—No es el valor el que discuto, señora, sino que en un instante puede perder quince mil más.

—Quiero dinero y no buenos consejos —replicó ella, con soberbia.

«Quince mil, son mil quinientos en poco tiempo —habló el segundo yo de Sammy Wilder—. Una caprichosa locuela, endemoniada por el juego. Si fuera mí hija, ya iba yo a darle con una buena vara.»

Pero sus labios de prestamista dijeron:

—No se enoje, señora —y sacando su cartera, fué cantando billetes, que iba colocando en la diestra de Myriam Vandorf.

Recibió el cofrecito, que colocó en un amplio bolsillo interior.

—¿Su hotel, señora?

—El «Sunbeam». Y déme un consejo: ¿para la cuarta carrera,

cuál es su favorito? «Rayo Texas» y «Kid Kay», son los que más me gustan.

—Personalmente, aconsejo «Lady La», señora.

Sammy Wilder en la cuarta carrera, vió como «Lady La» llegaba triunfadora. Pagaban a dos por Uno, pero había sido ganancia segura. Miró su reloj, y empezó a buscar a la opulenta «caobo».

La buscó en vano, y también inútilmente, la describió al gerente del hotel «Sunbeam». Y fué cuándo empezó a pensar que en aquella tarde de carreras, el único que había perdido dinero era Sammy Wilder…

En la caseta de la playa, Myriam Vandorf al quitarse la falda, desabrochó la faja con rellenos, y el sostén de goma que duplicaba su seno natural.

Se lavó el cabello y la cara, rompiendo en trocitos los lentes invisibles. Los restos de cuanto componía su atavío de fingida esposa del doctor Brooks, quedaron dentro del saco, en cuyo interior dos gruesas piedras, lastrando, depositaron el saco y su contenido en el fondo del mar, al bañarse la legítima Myriam Vandorf.

Poco después abandonaba la caseta, vestida de azul y blusa rayada «corsario», esplendorosa rubia de ojos azules, esbelta, deportiva y decidida.

Los cuatro diamantes los vendería en Europa. Tenía ahora quince mil dólares. Al llegar a su piso, llamó por teléfono al casero.

Había colocado los billetes que adeudaba sobre una mesita. Al entrar el administrador de la finca, le señaló la mesita.

—Cobré, buen hombre. Y ahórreme sus babosas excusas. No permaneceré un solo día más en donde he sido ofendida, y escribiré al dueño para que sepa que le conviene despedir a un grosero. Además, también le advertiré que a todas mis amistades, les explicaré lo sucedido. Una buena propaganda. ¡Fuera de aquí!

El casero, lívido, recogió los billetes, y dejó sobre la mesita el recibo. Murmuró:

—Sírvase perdonarme, señorita. Si perdiese mi cargo…

—Antes de ofender, hay que pensarlo, buen hombre. Largo, váyase. Me asquea su presencia.

Por la noche, cenando, Myriam Vandorf leyó cuantos reportajes hacían referencia al doctor Brooks y al prestamista Wilder, así como la detallada descripción física de la timadora.

Encendió un cigarrillo, con deleite. Se sentía plenamente triunfadora.

CAPÍTULO III
ADAN Y EVA 1959

El empleado de la agencia de viajes podía explicar en siete idiomas las ventajas de los más alejados y placenteros paisajes, pero su especialidad radicaba en aconsejar el medio más cómodo para trasladarse desde Miami a cualquier punto del universo.

Acababa de atender a Myriam Vandorf, que en breves instantes, quedó provista del pasaje para Suiza, por vía aérea, en cómodas escalas.

Examinó ahora respetuosamente al sobrio y distinguido Milton Burns, que colocó sobre él mostrador su pasaporte, abierto por la hoja donde estaba su fotografía. Había un billete de cien dólares.

—Una elemental discreción me impide hacerle preguntas directas, pero posiblemente usted puede facilitarme el mismo pasaje que a la señorita que nos ha complacido visualmente ahora mismo.

El empleado dió una cabezada de asentimiento. Milton Burns prosiguió:

—El asiento contiguo, y las mismas escalas, se lo ruego. Acepte este modo de invitarle a unos aperitivos, que desgraciadamente no podemos tomar amigablemente.

El manicurado índice de Burns empujó suavemente el billete que el empleado, con experta maestría, enrolló en su diestra.

—Al instante, señor Burns. Será complacido, señor Burns.

Poco después, al entregar los pasajes, el empleado añadió:

—Buen viaje, señor Burns, y séame lícito desearle un feliz arribo en todos sus propósitos.

Myriam Vandorf al instalarse en su asiento junto a la ventanilla del «ultra-lujo», comprobó que su vecino de viaje, tenía una sencilla distinción.

El avión despegó, y Burns sacó una pitillera larga, extraplana, de oro. La abrió, presentándola a Myriam, que cogió un «Muratti».

—Permítame presentarme, señorita Vandorf. Milton Burns.

—Encantada. Excúseme si no lo recuerdo, y es extraño, porque debería recordarle. No tiene usted un aspecto corriente.

—La conocí ayer.

—¿Quién nos presentó?

—El Azar, el mejor aliado de los que, como usted y yo, repugnamos de las vulgaridades.

Myriam Vandorf exhaló una bocanada. En el mismo tono

confidencial, Milton Burns expuso:

—Si yo le dijera que soy un hombre de acreditada mundología, tendría usted el perfecto derecho de tildarme de memo fatuo, ya que son los actos y el modo de reaccionar, los que definen al hombre experimentado.

—Es posible.

—Un hombre corriente, reacciona normalmente. Supongamos que el Azar ayer estaba a mi favor, me insinuó que fuera a meditar a cierta playa solitaria, bajo un emparrado.



Vióse por primera vez ante la inminencia de una muerte brutal.

Myriam Vandorf siguió fumando, sin mirar a su interlocutor.

—Meditaba el mejor medio de continuar viviendo fácil y amablemente, sin tener que recurrir a los vulgares procedimientos de un horario fijo. El hecho de que hable francés, alemán, italiano y español, casi como un nativo, me podría proporcionar un buen empleo conduciendo a los afortunados que pueden viajar. Yo prefiero, viajar, pero éste es un deporte dispendioso. ¿Me sigue usted, señorita?

—Pendiente de cada palabra, Burns.

—En la playa que cito, estaba a solas con mi pensamiento. La vi descender del autocar, y recuerdo que la definí como el prototipo de la hija de buena familia. Son detalles, matices, que el dinero no proporciona. No hace falta ser un lince para adivinar el falso aspecto del enriquecido en tiendas, y la natural prestancia del que por educación y costumbre, aun vistiendo raídamente, es distinguido. Lo que ya me chocó y excitó mi curiosidad, fué ver que de la caseta donde penetraba una señorita distinguida, salía media hora después una mujer desarrollada y ostentosa, casi parecida a una tendera rica. Subí al autocar, y desde un escaparate presencié la seguridad con la que dicha mujer, rica pero no distinguida, manejaba la agenda y al empleado de la joyería. Observar, sin deducir, es un arte. Más tarde, la misma mujer penetraba en la consulta de un psiquiatra. Y no tardaba en llegar el empleado de la joyería. Mi intriga crecía, y aumentó en el hipódromo de Hialeah. Tengo que aclarar que en diversas circunstancias de mi existencia, he sido seguido, y esto faculta para seguir sin ser visto. Volviendo a la tendera enriquecía: regresó a su caseta, de donde salía reducida en carnes, de nuevo esbelta y distinguida. Al anochecer leí los periódicos. La felicito, Myriam.

Myriam Vandorf aplastó la colilla. Trató de dar firmeza a su voz:

—Antes habló usted de las reacciones del hombre vulgar.

—Un hombre vulgar, ayer, hubiese cometido el imperdonable error de avisar a la policía. O si además de vulgar era mezquino, trataría de sacar partido de la situación, explotando los siguientes razonamientos, después de haberse informado de que no se las había con una vulgar estafadora: una distinguida damita que aparecía con frecuencia en los magazines y crónicas de sociedad, no ha nacido para vivir estrechamente, trabajando, y menos aun se decidirá a mustiarse entre rejas. Por lo tanto, el hombre vulgar, ya informado, pondrá precio a su silencio.

—Usted no es ese hombre vulgar.

—El viaje es largo, hasta la meta. ¿La importuno Myriam?

—Por ahora, me intriga.

—Gracias. Podría tal vez intentar mi definición, especificando

que me hice un técnico del arte de vivir a costa de los demás, pero no en pequeña escala, y siempre tratando de planear mi labor, en forma que no hubiera violencia, y logrando que hasta los mismos perjudicados, tuviesen que reconocer que no podían siquiera procesarme. Le expondré por ejemplo el artístico trabajo a base de la compra de un coche.

Explicó Burns el timo, y comentó:

—Dando pues por sentado, que me considero especializado en esta labor, debo felicitarla en plan de colega. Pero a la vez, censuro sus novatadas. Yo la vi transformarse. Naturalmente, usted en su primer trabajo artístico, no podía estar en todo. Me agradó ver que no cometía el peor error. Tratar de vender los cuatro diamantes. No los venda. Lúzcalos para su próximo trabajo, que desgraciadamente, no puede repetir. Las joyerías y los psiquiatras del mundo entero, estarán sobre aviso. Tal vez aun hay tiempo, y en la escala de Lisboa, podría intentar de nuevo la misma operación. Lo desapruebo.

—Debo deducir que le tengo ahora por asesor.

—Exactamente. Le ruego me siga ahora en otro razonamiento. Desde que el hombre fué creado, buscó su caverna, para aislarse en soledad, pero necesitaba de Eva. Hay temperamentos que no echan raíces en ningún terreno, prefieren los hoteles caros, del mismo modo que no arraigan en amores, limitándose a pasajeros amoríos.

Myriam Vandorf musitó, nerviosa:

—Me temo que se vuelve usted vulgar.

—Usted es bonita, y estéticamente me complace admirarla. Pero tranquilícese, porque yo estoy incapacitado para amar, debido a que antepongo a todo sentimiento, el de mi propia independencia. Puede volver a su normal ritmo respiratorio.

—En definitiva, ¿qué me está sugiriendo, Milton?

—Nos complementaremos. Seamos el Adán y Eva en una asociación moderna. Este grato rumor del avión, amortigua nuestra conversación. Usted posee lo esencial: distinción y un nombre aristocrático. Yo, aporto mi experiencia.

—¿Si me negase a ser la Eva 1950?

—Su propia conveniencia la hará aceptar mi proposición. Reflexione que el franco suizo es elevado en cotizaciones, y los hoteles termales presentan facturas crecidas. Usted no puede resignarse a vivir modestamente. Yo tampoco.

—Hasta hoy, no nos necesitábamos. Tenemos en común un carácter poco vulgar, y amante de la independencia.

—Continuaremos independientes, cláusula básica de este contrato verbal. Lo hermoso no es la ganancia. Esto es vulgar, aunque necesario. Lo hermoso es planear y ver el triunfo.

Reconozca que anoche, mientras cenaba y leía los periódicos, usted sentía la euforia del triunfo, usted se elevaba por encima del vulgar mortal. Bien, he terminado mi conferencia.

—Hay un punto sin aclarar. Tengo la certeza de que si me negase, usted me delataría.

—Lo ignoro.

—Pero también hay otro punto poco claro. ¿No ha pensado usted que si llego a considerarle el único testigo molesto, empezaré a sufrir del complejo de suprimirle?

—No hablaré de conciencia ni de remordimientos, ya que son dos escrúpulos que hemos abandonado por anticuados. Me limitaré a decirle, que yo, de profesión agente de negocios, no tardaré en presentarle un negocio fructífero y agradable, cuyos beneficios compartiremos, y al eliminar todos los riesgos, usted misma será la primera convencida de que le conviene asociarse a mí.

—Aguardaré a ver. Yo pensaba instalarme en Saint-Moritz.

—Excelente idea. El aire fresco, la millonaria concurrencia, el ambiente espiritual, harán surgir en mi cerebro el chispazo. Por ahora, no tengo un plan preconcebido. Es lo mejor. Nos basta saber que ambos poseemos la adecuada intelectualidad. Y ahora con su permiso, leeré.

Miró ella de reojo la lectura de Millón Burns Revistas comerciales suizas.

En Lisboa, Myriam Vandorf especificó:

—Por todo el día de hoy, preferiría estar sola.

Inclinóse Burns, replicando:

—Este era también mi deseo.

Al anochecer, cuando reemprendían el vuelo hacia Berna, ella ofreció un cigarrillo, cogiendo después la diestra de Burns, que presentaba su encendedor:

—Me temí que me vigilase, Milton.

—No incurro en vulgaridades prosaicas.

—¿Y si yo, renunciando a formar sociedad, hubiese desaparecido?

—No se calumnia. Usted es inteligente. Una provinciana hubiese huido ante el que hubiese calificado de cínico aventurero. Pero Myriam Vandorf prefiere la compañía de un discreto agente de negocios.

Maniobró Burns, hasta que su amplia silla, quedó reclinada en litera. Cerró los ojos.

—Con su permiso, Myriam, dormiré. Tenga usted dorado sueños.

En Berna, debíase efectuar el transbordo al día siguiente, hacia Saint-Moritz.

—Hotel Bristol —ordenó Burns al chofer del «taxi».

—Esta ciudad es adorable, limpia, deliciosa.

—Toda ciudad es adorable cuando por ella se transita sin preocupaciones de índole monetaria.

En el comedor, fué Burns él que eligió sin mirar el menú:

—«Bernerplatte», truchas de montaña, «rösti», Ermmenthal.

—¿Vino preferido, señor? —solicitó el *summiller*.

También sin mirar la lista de vinos, dijo Burns:

—«Shaffiser» 37, y entibie para el café un «gnag» sin kummel.

Alejáronse *maître* y *summiller*. Burns comentó:

—Uno de mis textos preferidos es la «Guía gastronómica», que detalla minuciosamente los guisos de cada capital. Elijo, sin sacrificar mi paladar platos nacionales, halagando a los servidores. Siempre es conveniente que el ambiente refleje en rededor de uno, la creencia de que no somos turistas, sino turistas norteamericanos europeizados.

—Creo que me será muy instructiva su compañía, Milton.

Terminada la comida, Myriam insinuó:

—Me agradaría pasear por la capital, siguiendo sus consejos, Milton.

El paseo fué lo que llamó Burns «un concentrado extracto del pintoresquismo de Berna». Y a las cuatro añadió a sus observaciones:

—Como reposo, podríamos sumirnos en la masa. Vea —y señaló la densa columna humana que atravesaba el puente sobre el Ar, dirigiéndose hacia una explanada—. Van al Stadion, porque esta tarde el equipo nacional juega contra una selección inglesa. ¿Ha reflexionado alguna vez los motivos del apasionamiento americano por la pelota base, y en la furia europea por el balompié?

—Sólo me gusta el tenis, la natación y el hipismo.

—Porque aborrece usted la masa y sus estridencias. Pero esta tarde, perdamos unos momentos contemplando las reacciones ajenas. Le prometo que es curioso. Verá usted al plácido burgués, hombre intachable, pacífico, convertirse en un energúmeno capaz de matar a quien le discuta que el balón no estaba fuera de juego, cuando su delantero compatriota marcó el gol, que un sufrido individuo llamado árbitro, anuló.

A la media hora, Myriam Vandorf, que asistía por primera vez a un partido de fútbol, se sorprendió aplaudiendo frenéticamente, porque el guardameta inglés acababa de cazar en el aire, en la esquina del larguero y el poste, un balón disparado como una bala por el «chut» vigoroso de un calvo suizo.

Y en el descanso, trató de decir indiferente:

—No está mal como espectáculo. Son hombres que poseen mucha inteligencia en los pies.

—Y que deben ser envidiados por los intelectuales que apenas consiguen sobrevivir. El entusiasmo que usted ha presenciado, es poco contagioso, en comparación con un partido, como el que presencié en cierta capital de provincia española.

—Los españoles suelen ser rabiosamente vehementes.

—Hay de todo. En aquel partido, que era semifinal de campeonato, el árbitro recibió un botellazo, y salió en camilla. A mi lado se sentaba una gruesa señora, bonita aun, la cual, a gritos pedía la cabeza del árbitro. No se la dieron, y tengo el convencimiento de que a solas en su cocina, por la noche, aquella señora rezaría para que el árbitro se repusiera pronto.

En la segunda parte, volvió Myriam Vandorf a incurrir en un entusiasmo repentino, cuando un defensa describió en el aire una voltereta, sacando el balón de la línea de gol, mientras ya el portero estaba batido en su inútil estirada.

No pensaba ella, que el fútbol iba a ser en el futuro su pesadilla, ni tampoco Burns veía en el deporte aquél, otra cosa que un estudio psicológico capaz sólo de reportar beneficios a los jugadores y directivos.

A la tarde siguiente, el avión aterrizaba en Saint-Moritz, la capital suiza de la elegancia y el deporte veraniego e invernal.

Es la ciudad del goce visual, donde el lago, el río, las montañas, tienen luces y colores que parecen no existir en ningún otro paraje del mundo.

Hoteles y pensiones albergan en sus refinados interiores, una selección de muchas nacionalidades, cuyo factor común es la facilidad con la que pueden pagar las cuentas.

Myriam Vandorf encontraba cada día una nueva fuente de maravillas en los cuatro puntos cardinales de Saint-Moritz. Pronto también, en su hotel, numerosos individuos de toda categoría, desde el artista con éxito hasta el financiero de suerte, trataban de romper el cerco de aislamiento en que ella, se encerraba.

Milton Burns se alojaba en una pensión, y ella le veía a veces, en alguna terraza de café, inclinado sobre la columna de anuncios de la prensa de Berna, Zurich y Genève.

A los seis días de estar en Saint-Moritz, Milton Burns se colocó junto a Myriam en el *ski-lift* colgante, que, por los cables llevaba a sus pasajeros en suspensa admiración sobre el valle del Inn.

—Ya está, Myriam. He encontrado el medio do que cubramos ampliamente los gastos durante dos años. El primer paso es sencillo: ¿Usted se ha fijado en el muchacho moreno, que come con apetito de caníbal, y que se sienta en su hotel a la mesa de la izquierda?

—A veces me da la impresión de que me devora con los ojos.

—Su morena tez siente el atractivo de su blancura de rubia. Es

Giano Gruber, un italo-suizo, el defensa central, internacional, del equipo suizo.

—Hay en el hotel solteros con millones, y además, Milton, me está defraudando.

—Espere. Usted ha de limitarse a aceptar su invitación a bailar. Sea como hasta ahora, fría, lejana, pero limítese a alternar en compañía de Giano Gruber. Es soltero y huérfano.

—¿Y qué?

—Dentro de cinco días, a lo sumo, le aclararé. Me ausento en corto viaje a Berna para ultimar un negocio pendiente.

Myriam Vandorf obedeció, porque la ingenua admiración descarada del futbolista, no la disgustaba. Era un muchacho saludable, de blancos dientes, y sonrisa casi infantil.

A los cinco días, paseando por el florido sendero del flanco del Piz Nair, Giano Gruber dijo bruscamente:

—Yo soy poco elegante, Myriam. Tú eres una niña rica y aristócrata. No sé cómo decírtelo, pero estoy loco por tus… Bueno, te quiero. Y no duermo tranquilo desde que te vi por vez primera.

—No te conviene, Gian —repuso ella, con su gracioso pronunciar de la lengua francesa—. Debes cuidarte, como deportista.

—¡*Madonna*! Enfermaré si no te casas conmigo. Escucha nena. Estoy solo, y no soy un buscadotes, de los que abundan por aquí. Estoy en reposo, y me da fiebre tu sonrisa…

—Calma, Gian. Para empezar te diré que si mi apellido es aristócrata y fui rica, no lo soy ahora. Tardaré unos meses el decidirme a trabajar, pero lo que sí es cierto, es que no quiero casarme. Sigamos como hasta ahora, buenos amigos.

—¿Es que… es que por ser futbolista te parezco poca cosa?

—Me pareces un excelente muchacho. Pero yo no me casaré. Regresemos al hotel. Quiero reposar. Hemos andado demasiado… en todos sentidos, Gian.

Milton Burns estaba «ultimando» su negocio, que nació de la visita que hizo en respuesta a un anuncio, en el principal rotativo de Berna.

> «Compañía financiera precisa caballeros con don de gentes e idiomas, ofreciéndoles gran porvenir. Presentarse en…»

Milton Burns se presentó. Era una compañía de seguros, y el que le atendió, dijo concisamente:

—No es clásico y difícil corretear tras un seguro ordinario. Nuestra compañía ha creado una póliza especial, resumida en pocas

palabras. Los futbolistas ganan cantidades importantes, pero mientras están activos. Si son inteligentes, adquieren un bar, una tienda o cualquier pequeño negocio, que les asegure el porvenir. Nosotros, iniciamos un seguro especial, que trabajarán también nuestras delegaciones europeas. Aseguramos los tobillos de los futbolistas.

—Creo que existen mutualidades deportivas.

—No cubren el futuro, sino el presente por lesión. Nosotros garantizamos al futbolista en activo, que si queda incapacitado por accidente, no debe preocuparse de su porvenir.

Siguió el gerente discurseando. Por fin dijo:

—¿Reside usted en Berna?

—Saint-Moritz.

—¡Excelente! Allí se encuentran distintos representantes del equipo internacional suizo.

—Dentro de unos días le daré mi respuesta. Conozco ya mis posibilidades, y estudiaré las que ofrece servirle de agente.

—Le remitiré a Saint-Moritz las tablillas de primas, y también un informe detallado de cada jugador que allá se encuentra.

El segundo viaje de Milton Burns fué para decir que aceptaba, el empleo de agente de seguros, en el ramo de «Incapacidad deportiva». Y volvió a sentarse en el *ski-lift* junto a Myriam Vandorf.

—Giano Gruber me ha pedido repetidamente que me case con él.

—Acepta.

—¿Por qué he de aceptar?

—Porque obtendrás, tuyos e independientes, doscientos mil dólares.

—Más puedo obtener casándome con algún memo millonario.

—Yo te garantizo que tan pronto te cases con Giano Gruber, bastará que me indiques el momento, y tendrás los doscientos mil dólares.

—¿Qué momento debo indicarte?

—Aquel en que desees volver a ser soltera.

—Lo soy ahora.

—Pero sin doscientos mil.

—¿Debo casarme con Gruber para obtener esos doscientos mil, sin verme encadenada a un marido?

—Exacto.

—Bien. Lo dejo a tu resolución. No tengo vocación de casada, aunque Gruber no es mal muchacho. Esta noche le daré el sí.

Al día siguiente, Milton Burns abordaba en un café a Giano Gruber, radiante de salud y alegría.

—Perdóneme, señor Gruber. Desearía proponerle algo ventajoso

para nosotros dos.

El aspecto distinguido de Burns, decidió al futbolista.

—Siéntese, y tome una copa. Estoy muy contento hoy. Usted dirá.

—Usted gana mensualmente una cantidad respetable, pero está expuesto a perder esta paga, si algún día sufre una lesión importante o accidente, o pierde facultades. Con un cinco por ciento de su paga, usted, tendrá derecho a percibir cuatrocientos mil dólares, si sufre accidente y se ve incapacitado para jugar.

—Al fin y al cabo, es usted el agente de seguros más elegante que me he tirado a la cara, y coincide la suerte a su favor. Voy a casarme, y es lógico que me interese por el porvenir. Una chica deliciosa, y acostumbrada a vivir bien.

—Mejor que no le hable de este seguro.

—¿Y por qué?

—Ofende a una mujer enamorada, si es discreta y refinada, que le citen vulgaridades monetarias.

—¡Caray! ¡Pues tiene usted razón! Usted es un hombre de mundo.

Echó una ojeada Giano Gruber al contrato. La entidad tenía su central en Filadelfia, y era sólidamente prestigiosa.

—Es excelente este contrato. Cubre todos los riesgos, hasta el de muerte.

—Menos el suicidio, señor Gruber.

—Por mí, no hay temor. Ahora le firmo el cheque por la cuota de entrada. Me ha gustado este seguro. Hablaré con mis compinches, y podrá usted recordar que gracias a que yo he conquistado a la mujer más bonita del mundo, le firmé este seguro. Usted ha hecho su agosto, porque los demás compañeros tragarán también.

Diez días después, en Berna, en el «Perroquet», llegaba sola Myriam Vandorf, que había citado a Burns por teléfono.

Se sentó, nerviosamente, musitando:

—He cumplido. Debes cumplir, Milton. Estoy harta de Giano, que es un buen chico, pero brutalmente celoso. No sabes lo que me ha costado salir ahora. No me deja a sol ni a sombra. Ahora está entrenándose. Si miro a cualquier hombre, me retuerce la muñeca, rechina los dientes, y jura que me matará. Si quiero dormir, estalla en insultos groseros.

—Un amor pasión, querida mía.

—¡Quiero volver a estar libre, Milton! Tú ahora debes realizar la promesa, este milagroso devolverme a mi soltería con doscientos mil dólares.

—Mañana por la noche, a más tardar, estarás libre.

—Giano no consentirá.
—Le convenceré. Ahora vas a ir al entrenamiento…
—¡No quiere! Fui, y porque un muchacho me miraba demasiado, estuvo a punto de pelearse con él.
—Entonces, vuelve al hotel, y no te encierres en tus habitaciones. Procura que te vean bien los empleados. Es parte de mi plan.
—Lo haré así, salvo, naturalmente, cuando esté conmigo Giano.
—De acuerdo.
Milton Burns manejaba muy diestramente la motocicleta que cogió de entre las muchas que estaban alineadas frente a un club deportivo; Consultaba con frecuencia su reloj pulsera, mientras recorría el Kornhausbrücke a lenta marcha.
Pasó dos veces ante el Stadion. Salían jugadores, terminado su entrenamiento. La distancia hasta el centro de la ciudad era corta y agradable. Por lo general, Giano Gruber iba a pie. Pero aquel día tenía que reunirse con su esposa. Pidió un «taxi», y en él se dirigió hasta la amplia avenida donde estaba el hotel en que se alojaba el matrimonio Gruber.
Descendió, y cuando el «taxi» se alejaba, una moto, trepidando furiosa, embistió sobre la acera al futbolista. Chocó plenamente contra su costado, derribándolo, y pasando por encima de él.
El motorista, como enloquecido, luchó por dominar el caballo desacero. Vestía el mono y el casco que había sacado del bolsín de la moto.
Milton Burns apretó la marcha, y poco después, volcaba la moto en un parterre florido del Kirche Park, dejando en el bolsín el casco y el mono, y conservando puestos sus propios guantes.
Los periódicos de la noche proclamaban su indignación ante el caso frecuente de muchachos imprudentes que tomaban motocicletas que no eran de su propiedad, y que al atropellar a alguien, abandonaban el vehículo y rehusaban entregarse a la policía.
Pero la indignación pasaba de los límites naturales, debido a que era Giano Gruber, el popular futbolista, el que había muerto de conmoción cerebral, con las vértebras dorsales destrozadas, atropellado por una moto mal conducida.
Dejaba una viuda inconsolable, tanto más, cuanto que eran recién casados, «en plena armonía conyugal». Se volvía a proclamar la peligrosidad de las motocicletas, y se anunciaba que todo aquél que se apropiara de una moto ajena, para practicar unos instantes el arriesgado deporte, sería severamente castigado con penas oscilantes entre los dos y diez años de cárcel.
Milton señó bien, durmió perfectamente y desayunó con apetito.

Terminaba de desayunar en la cama, cuando la puerta de su habitación se abrió, y Myriam Vandorf avanzó hacia él. Sacando de su bolso una pistola, encañonó a Burns, para decir convulsa y estremecida:

—Vas a morir, vas a morir… ¡asesino!

CAPÍTULO IV
EN BUSCA DE UN ASESINO

—Por favor, Myriam, cierra la puerta. Un camarero podría verte, y si se dispara esa pistola… Son muy severos los suizos ante el crimen. Tu reacción ante la muerte fortuita del pobre Giano, es completamente vulgar. Te desquicias como una mujercita provinciana…

—Asesino —murmuró ella con odio, cerrando la puerta, y avanzando, brillantes los ojos en hondas ojeras de una noche sin sueño.

—Puedes convertirte en asesina, si disparas. En el cantón de Berna la pena de muerte por asesinato, es el hacha para las mujeres.

—¡Tú… mataste… a Giano…!

—Tú mente es tortuosa, Myriam. Habrás sabido perfectamente cómo ocurrió el desdichado accidente. Un torpe muchachuelo, de los muchos que a diario cita la Prensa, llevado de su afán de conducir una motocicleta, que no puede adquirir, coge prestada sin permiso del dueño…

—¡Fuiste tú!

Burns se secó la boca con la servilleta, apartando la bandeja camera, que colocó sobre la mesita contigua. Encendió un cigarrillo, arrellanándose más en la cama:

—Esconde ese feo instrumento, Myriam. Tu visita será razonablemente estimada como la de una viuda al agente de seguros.

—Tú lo mataste…

—¿Cómo pudo ocurrírsete tan horrible idea, Myriam? A la hora en que los periódicos dicen que fué atropellado Gruber, yo me hallaba visitando el «Zoo». Los guardianes podrán atestiguarlo.

—Te separaste de mí en el «Perroquet», afirmando que quedaría libre de Giano. Que yo debía ser vista en el hotel… ¡Tú fuiste!

—Yo me limité a asegurar a Giano por cuatrocientos mil dólares contra toda incapacidad física, incluyendo muerte por accidente. Digamos que la suerte fué desfavorable para él.

—¿Cómo sabías que, a más tardar, hoy estaría libre y con doscientos mil dólares?

—No conduce a nada esta conversación. Haz el favor de regresar a tu hotel. Yo no tengo nada que ver con tu histeria, y si persistes en ella, tendría que comunicar al F. B. I., la responsabilidad de la

que robó la joyería Simpson, en Miami. Si lo prefieres, dispara, y espero que te den la atenuante de histeria pasajera, y se limiten tus jueces a condenarte a perpetua. Están preciosas las presidiarías, con el vestido gris, medias de algodón y zapatos bajos.

Myriam Vandorf dijo en voz baja, cerrando su bolso:

—Eres un criminal, Milton Burns. Yo acepté ser una timadora colaborando contigo, pero no… ser la cómplice de un asesino cobarde y canalla.

—Sufres de un complejo momentáneo. Pero podrías molestarme, y tal vez sugiriese yo a la policía que los celos de Gruber te hacían la vida imposible, y compraste un cómplice, sabedora de que el seguro estaba a tu nombre, y en caso de fallecimiento…

—¡No sabía nada del seguro! ¡Giano no me habló del seguro!

—La policía demostraría un gran escepticismo. Un maridito en la luna de miel, le cuenta todo a su encantadora mujercita.

—¡Eres odioso! Escucha, Burns… Me has convencido. Tu «don de gentes» es grande. Ahora no volveremos a vernos nunca más. Pero recuerda lo que te digo. Algún día… cuando menos lo esperes, yo sabré encontrar el medio de que tú… mueras en un accidente. Me has enseñado la manera de no incurrir en la oprobiosa muerte en vida que es una cárcel. Pero te mataré, Milton Burns.

—Hoy mismo te serán entregados los cuatrocientos mil dólares, porque eres americana. En Niza, la bella Costa Azul, me entregarás los doscientos mil de mi parte. Estaré en Niza dentro de siete días, y tú te alojarás en el «Mássena». Te visitaré fugazmente, y no trabajaré los seguros en Niza, no. Ahora puedes irte, Myriam Vandorf.

—Voy a… voy a entregarme a la policía, explicando todo. Prefiero dos o cinco años de cárcel por lo de Miami, a vivir constantemente pensando en el pobre Giano.

—La comisaría de Berna, está en el Hodlerstrasse, muy cerca de Stadt-Museum. Cuando el comisario me presente sus excusas por los arrebatos de una viuda enloquecida, cada mes te enviaré naranjas a la cárcel de Miami. Los diamantes de tus orejas y de este broche no podrás lucirlos en el uniforme gris.

—¡No iré a Niza!

—Tengo que vestirme, Myriam. Haz el favor de volver al lugar que te pertenece. Eres una viuda llorosa, febril y a punto de histeria. Posiblemente, dada la categoría de tu difunto marido, será el propio gerente en persona, por aquello de la propaganda demostrando que la casa paga inmediatamente, quien te hará, entrega del hermoso cheque.

Myriam Vandorf atormentaba el cierre de su bolso. Milton Burns en pie, se desperezó, contemplándose al espejo, mientras se pasaba

la mano por la barbilla.

—Te mataré, Milton Burns.

—Tendré que abandonar esta maquinilla eléctrica, y volver a la «Guillette». No dejan tan rasurado el cutis como las hojillas…

La puerta se cerró. Myriam Vandorf, viuda de Gruber, conteniendo un sollozo de furor impotente, bajaba ya las escaleras.

Media hora después, Milton Burns manifestaba al gerente de la compañía de seguros:

—Mala suerte para Gruber, el muy desdichado, y para la casa, señor.

—Recuperaremos este déficit, pero en cambio el desgraciado Gruber no recuperará el don precioso de su vida. ¡Veintitrés años robustos y alegres!

—Me ha afectado el incidente. Yo aseguré a Gruber y a veinte compañeros suyos.

—Sí, en efecto. Serán necedades, pero el factor psicológico es importante. Sugeriría un traslado a otra plaza, Burns.

—Usted dirá, señor.

—Elija… Londres, París, Madrid, Roma… o capitales de provincia de estas naciones, cuyos idiomas domina usted perfectamente.

—París es delicioso en primavera, señor.

—Bien. En caja le proporcionarán el pasaje y los fondos para su estancia. Es usted un buen agente, Burns. Me congratulo de haberle empleado, pese a este percance imprevisible. Buen viaje, Burns… ¡y ojo con las parisinas!

—Trataré de no morir bajo el efluvio primaveral en París, señor.

—Nuestro gerente allí, le dará todos los datos necesarios, referentes a los jugadores de primera categoría. Buen viaje, repito. Y no se impresione por este accidente.

En París, Milton Burns se dedicó simplemente a anotar mentalmente los jugadores solteros y huérfanos, ya asegurados contra el riesgo de «Incapacidad deportiva». No podía él volver a figurar como el asegurador del próximo «accidentado».

Mientras, Myriam Vandorf recibía las condolencias de numerosas personalidades. Era la viva imagen de la trágica desesperación…

El gerente de los seguros, le entregó el cheque, y anunció ella que regresaría a los Estados Unidos. Cogió el avión aquella misma noche, y dos días después se alojaba en el «Astoria», de Nueva York.

Ni un solo instante había dejado de pensar en dos hombres: Giano Gruber y Milton Burns.

Los periódicos neoyorquinos habían relatado profusamente el trágico final del «gran amor entre una dama de la mejor sociedad y

el futbolista suizo».

Citaban los comentarios del corresponsal en Berna, ante la sincera e insondable pena de Myriam Vandorf, que en Saint-Moritz se había enamorado profundamente del guapo atleta internacional, ídolo europeo.

Myriam había ingresado cincuenta mil dólares en un Banco francés y otros cincuenta en un Banco londinense, después de dejar en Berna cincuenta mil.

En Nueva York ingresó los doscientos cincuenta mil restantes. No llevaba puestos los pendientes de diamantes ni el broche.

Al tercer día de estancia en el «Astoria» recibió un cablegrama: Estaba fechado en Niza.

> «La mejor sociedad se reúne ahora en la Costa Azul. Esperándote tu mejor amigo.»

No había firma, ni le hacía falta. Aquel cablegrama acabó de ultimar su decisión. Iría al Bronx y al Bowery, los dos barrios donde podría hallar el hombre que necesitaba. El hombre que por una cantidad importante, vengaría indirectamente a Giano Gruber.

No sería Myriam Vandorf la que buscaría a este hombre, sino una nueva versión de la que en Miami comprobó las ventajas de saberse maquillar al servicio de un temple sereno.

Todo esto lo meditaba delante del espejo. Era esencial que no pudiera ser ella objeto de chantaje por parte del hombre que iría a elegir en el Bronx y el Bowery.

Tampoco podía repetir la figura de la compradora de la joyería Simpson, en Miami, porque era más que seguro que su descripción detallada constaría en todas las comisarías.

Al fin, desistió de maquillarse en cambio radical de su semblante. Preferiría ser toda su vida víctima de chantaje por parte del hombre que pagaría para aniquilar la odiosa suficiencia de Milton Burns.

Decidió primero visitar el barrio de Brooklyn, donde a la ribera izquierda del famoso puente se extendía el mísero barrio Bowery, el refugio de los fracasados, de los maleantes y donde abrían sus puertas las tabernas, los sucios cabarets y los teatros para marineros.

No tenía la menor idea de cómo podría conseguir lo que buscaba. A medida que iba recorriendo las torcidas callejuelas, meditaba que muchos de los torbos individuos que la veían pasar, aceptarían enajenados de satisfacción una oferta de ganar mucho dinero, sin el menor escrúpulo.

Ella sabía que estaba actuando imprudentemente yendo sola por

aquellos arrabales, pero sólo tenía una obsesión: terminar con la amenaza que le suponía la complicidad forzosa con Burns, y además saciar su odio hacia el cobarde asesino de un hombre joven y sin maldad.

Entraba ahora en la calle principal de la nocturna diversión: la East River. Los letreros luminosos repetían:

”Chorus Girls”.

Alguna vez, años antes, había visitado aquellos antros, donde un pianista maltrataba las notas, y varias muchachas desvestidas bailaban en el tablado, o al menos se contorsionaban con energía, en medio de frecuentes alborotos y reyertas en la sala.

Era absurdo lo que estaba haciendo. Partía de una base sólida; en el Bowery abundaban los faltos de escrúpulos; pero, ¿cómo iba a abordar a cualquiera de los solitarios paseantes?

Podía resultar un hombre honrado, un sin trabajo… Era preferible que abandonase aquella idea impracticable. Se enfrentaría con Milton Burns y ella misma…

Se estremeció al llegar al término de la calle y doblar la esquina. Penetraba ahora en un callejón mal iluminado, formado por solares sin edificar donde tenían instalados sus garajes, al aire libre, los revendedores de viejos coches y recambios.

No había casas, y tenía el convencimiento de que alguien la seguía. Alguien que pisaba sigilosamente.

Volvió sobre sus pasos, y al girar vió la silueta corpulenta de un individuo, que en la misma acera le cerraba el paso.

—Sin escándalos, señora. Suelte el bolso… ¡No llame! No llame o tendré que pegarle un mal golpe. Deme el bolso, pronto. ¡Quítese anillos y joyas, ande!

Hablaba en voz baja y áspera, con la certeza de ser obedecido. Myriam Vandorf tendió su bolso. No quería perder su anillo.

—¡Venga! Anillos y aretes…

En aquel mismo instante, dobló la esquina otro individuo, de estatura regular, poco corpulento. Avanzó presuroso…

—¡«Hey»!

Su llamada perentoria, hizo que el ratero, girando sobre los talones, deslizara la diestra hacia el bolsillo, de donde rápido extrajo un cuchillo.

El intruso, se abalanzó con nerviosa energía, asestando veloces puñetazos y rodillazos, y por un instante pensó Myriam Vandorf en la moderna reencarnación de David y Goliat.

El gigante dejó caer el bolso de ella, y su acero refulgió varias veces cortando el aire a escasa distancia del que, con ágil esquiva, evitaba ser la funda carnosa del cuchillo.

Por fin, el gigante se tambaleó, y cayó de rodillas. El otro, con salvaje decisión aplicó un puntapié contra la mandíbula del arrodillado, y un segundo puntapié al cuello.

Se quedó resoplando, atento, mientras el otro se derrumbaba pesadamente, privado de sentido.

Myriam Vandorf pudo observar al que había actuado de galante salvador. Era un hombre joven, sin afeitar, camisa sucia, traje raído, pero tenía cierta distinción.

—Gracias, señor —dijo ella, recogiendo del suelo el bolso.

—Seamos prácticos, hermana —indicó el otro, mirándola. Hablaba con tono irónico—. Usted vino a buscar emociones, y por poco más las obtiene. Sólo que este tío, después de «limpiarla», la hubiese aporreado de lo lindo. Me metí en el asunto, pero no porque sea yo un caballero a lo Quijote. ¿Que hay en el bolso? A ver, traiga…

Ella echó a andar, pero el otro le cerró el paso, advirtiendo:

—Estoy en las últimas, señora. No la haré daño ninguno, pero por un billete de cien, soy capaz de muchas cosas…

—Puedo gritar y llamar a la policía. ¿Qué haría usted?

—Echar a correr. No somos amigos la policía y yo. Pero no va a ser tan desagradecida, ¡caramba!

Había algo simpático en el desconocido. Se veía que era un granuja, pero con determinada hombría.

—Alejémonos de aquí. Tal vez yo pueda darle a ganar bastantes billetes de cien.

—Bravo… Vamos, pues. Este barrio no es adecuado para una damita elegante como usted. Me llamo Tony, Tony Jackson.

—¿Tony Jackson? Me suena.

—Claro que le suena, puesto que se lo acabo de decir. Mire, yo no pretendo tener nombres exóticos. Jackson hay a montones, y Tony abunda por el Bowery. ¿Qué es eso de ganar varios billetes?

Llegaban al puente, el largo camino tendido sobre el Hudson. Ella se adosó a una de las columnas metálicas. Había otras parejas jalonando el sucesivo erguir de las pilastras.

—Podría usted viajar, comprar ropa, comer bien, alojarse en un buen hotel.

—Esperaré a que me elijan senador en las próximas elecciones. Oiga, señora, ¿es que va usted a tomarme el pelo? No tengo una lata, y la ropa se me cae de vieja. Mis viajes son en busca de trabajo que no encuentro; entendámonos, no encuentro trabajo acorde a mi talento. Y comer bien… cuando me suelte usted un billete grande. Estuve esquivando cuchillazos, y no es un deporte que practique por amor al arte. En cuanto a un buen hotel…

—Le he visto pelear, y es usted decidido.

—Esto sí. No soy un gigantón, pero en cuestión de pegar me desenvuelvo con facilidad.

—Usted, bien vestido, podría alternar con cualquier sociedad.

—Antes de caer en el Bowery, fui alguien. Pero hablemos de otra cosa: ¿a dónde va usted a parar, señora?

—Voy a emprender viaje a Francia, en avión. Necesito un secretario discreto, y dispuesto a todo lo que sea. Nada contra la Ley…

—Aunque así fuera, si es bien pagado, cuente con Tony Jackson.

—Dedique la mañana entera a adquirir ropa y equipaje. ¿Tiene sus papeles en regla?

—Lo bastante, para el secretario que usted precisa. Hablemos claro, señora: usted necesita alguien en quien tener plena confianza, y que no sea un muchacho recién salido de la academia, o de casa buena. Yo soy el que le conviene.

—Puede qué sí. Tome…

Sacó ella del bolso una cartera, de donde extrajo dos billetes de mil, y una tarjeta.

Tony Jackson silbó entre dientes:

—¡Caramba! Dos mil.

—Usted arriesgó su vida, Jackson.

—A sus órdenes de ahora en adelante, señora Vandorf.

—Mañana a las doce, estaré en el «Kimmers».

—Puntual y aseado, señora.

—Ahora puede pensar lo que quiera.

—Yo ya no pienso, señora. Mi cerebro está sometido a sus menores deseos.

—Hasta mañana, Jackson.

Tony Jackson vió alejarse a la hermosa mujer elegante, que con tanta sencillez acababa de darle dos mil dólares.

Pasó dos horas en los almacenes «Macy», apenas abrieron a la mañana siguiente. Penetró primero en la sección de baños, donde un peluquero le afeitó y arregló el cabello.

Tras el baño caliente, ya seco, un probador le tomó las medidas. Mientras se friccionaba el cuerpo con lavanda, llegó el camisero, y el empleado de la sección de ropa interior.

Después, el zapatero, aportando los cinco pares elegidos por Jackson del numerado catálogo, que en colores fotografiaba las existencias de calzado de lujo confeccionado.

A las once, Tony Jackson se detallaba en el espejo. El sombrero gris de ala ancha, la camisa de seda crema, la corbata azul brillante, el traje gris a rayas, los zapatos de negro tafilete…

En la cartera recién comprada, le quedaba menos de mil dólares, pero tenía un equipaje completo: maletín de cuero para avión, y

tres maletas. Dejó dicho que pasaría a recoger sus compras a la una.

Salió a la calle, pisando triunfante. La euforia de estar limpio, con buena ropa y novecientos quince dólares en la cartera, era un sentimiento agradable, por aquel tibio día.

¿Qué pretendería la hermosa Myriam Vandorf? Un secretario contratado en el Bowery…

Renunció a intrigarse. A las doce se sentaba en la sala del «Kimmers», levantándose cuando ella llegó.

Myriam Vandorf le examinó atentamente, mientras el camarero servía los dos combinados. Al irse, comentó Myriam:

—Usted no es la primera vez que viste bien.

—Ya le dije que antes fui alguien; pero tuve mala suerte. Hablando en plata, cometí un error que la ley castiga. Me salvé de proceso, pero me era molesto seguir frecuentando mi ambiente.

—Ha elegido bien su ropa, Jackson. Bueno… En Francia, cuando llegue el momento, ya le indicaré lo que deseo. Por el instante, bastará que me acompañe allá. Vaya a la agencia, y tome dos pasajes para Niza.

A media tarde, el avión despegaba. Myriam Vandorf tenía el convencimiento de que en tierra extranjera, y acostumbrado a vivir bien, Tony Jackson no titubearía en encontrar el medio para suprimir a Milton Burns y además tenía la sensación de que convencería más pronto a Jackson, sugiriendo que Burns era un asesino que la tenía presa en un chantaje.

Sin saber por qué, confiaba en que Jackson era un aventurero de muy distinto calibre que Burns.

Y precisamente por esta, razón, le sería imposible a ella sugerirle un asesinato. Debatiéndose con aquellas meditaciones, decidió que, por lo menos, la compañía de Tony Jackson podía serle útil en otro aspecto. Acababa de ocurrírsele la idea mejor.

Jackson, discretamente, había elegido asientos distanciados. En la primera escala, en el bar, Myriam Vandorf efectuó el primer sondeo:

—Me gustaría conocer su opinión, Jackson, referente al motivo por el que, sin apenas conocerle, le he contratado como secretario particular.

—Primeramente, al comprobar usted que pese a mi apariencia normal, puedo luchar ventajosamente contra un coloso que esgrima cuchillo, decidió usted que mi compañía podía serle útil. ¿Por qué? O bien porque tema usted un peligro, o porque desee escarmentar a alguien que le molesta. Y por último, estimó usted que no soy demasiado vulgar, y puedo permanecer en un hotel de primera, sin que me echen.

—Es usted muy penetrante, Jackson.

—Adoro la lectura de las novelas policíacas.

—Es curioso…

—¿El qué?

—Puede considerarlo un capricho de mujer rica, pero el caso es que también a mí me intereso lo policíaco. Me será útil su compañía, por cuanto he decidido hacer un estudio, como aficionada, a los métodos policíacos de la ciudad donde hay mayor abundancia de tipos pintorescos. Me refiero a Marsella. Visitaré a un comisario, y en mis excursiones nocturnas al barrio marsellés del hampa, su compañía, Jackson, me será muy útil.

CAPÍTULO V
EL HAMPA MARSELLESA

La Costa Azul, verde mar, cielo azul, peñascos rojos, se inicia en el más importante puerto francés: Marsella, con veinticuatro kilómetros de muelles y unas instalaciones portuarias que ocupan una extensión de doscientas hectáreas.

Es también la ciudad donde la policía es seleccionada entre la más apta de toda Francia, en la guerra secreta contra la delincuencia. No es precisamente contra el marsellés, contra quien tienen que emplear todos sus recursos los policías.

El marsellés tiene todos los defectos y cualidades del latino: alegre, charlatán, y bastante indolente. Si delinque, suele ser por motivos pasionales o en arrebato de cólera.

Pero también en Marsella se inicia el dorado campo de atracción para los delincuentes profesionales de toda laya y nacionalidad: desde el sombrío corso, pasando por el correcto británico, hasta el pistolero americano emigrado a la fuerza.

Scotland Yard, el F. B. I., y otros servicios policiales, acuden con frecuencia a los archivos de Marsella, en busca de determinados sujetos que huidos, buscan refugio en las intrincadas callejuelas del Viejo Puerto, desde donde se apercibe el famoso castillo de If, lugar donde según Alejandro Dumas fué encarcelado el conde de Montecristo.

La Brigada. Criminal de Marsella cuenta con varios comisarios especializados en atender a los colegas extranjeros y también a los turistas.

Aquel día estaba de servicio el comisario Mars, apodado «Belami» entre el hampa marsellesa.

Era amable y discreto mientras tanteaba el terreno, transformándose en un duro y sarcástico instrumento insensible cuando sabía que se hallaba ante un criminal.

Pero por el instante era el mundano comisario Mars, el qué en su despacho, inclinando la cabeza señalaba un sillón frente a su mesa al joven recién llegado.

—Me han informado que es usted el comisario que atiende en idioma inglés a las demandas de turistas. Soy Tony Jackson, secretario de la señora Vandorf.

El comisario Mars se limitó a esbozar una sonrisa invitadora. No tenía por qué exteriorizar su pensamiento de que desde Marsella

hasta la Rivera italiana, en todo el arco soleado de la Costa Azul, había centenares de damas británicas y americanas, ya maduras, provistas de un joven secretario, a veces con título nobiliario… lo cual no impedía que Mars sintiera hacia ellos un hondo desprecio.

—La señora Myriam Vandorf, viuda, es rica.

—Naturalmente. Quiero decir que suelen serlo las damas que acuden por esta época a la Costa. ¿Y qué le sucede a su patrona?

—Mi patrona no tiene más allá de veinticinco años, es bonita, y hágame el favor de no considerarme un «gigolo» —sonrió, divertido, Jackson.

—Si usted me manifiesta ese deseo, lo atenderé.

—La señora Vandorf es estudiosa, y le interesaría poder apreciar los métodos de la policía marsellesa.

—Nos encanta la curiosidad manifestada por los turistas, señor Jackson, y créame que me siento muy mortificado al tener que manifestarle que la Brigada Criminal no trabaja para saciar afanes estudiosos de damas turistas.

—Usted es un guasón —rió Jackson.

Apenas dijo aquello, observó también la inmediata transformación del irónico y suave Mars, en un sujeto de recias mandíbulas, grises ojos taladrantes, y voz secamente autoritaria:

—Un momento, joven yanqui. Un momento… Vamos a ir por partes. ¿Me toma usted por un fenómeno turístico?

Tony Jackson, sonriente, tendió una tarjeta de identidad protegida por funda de mica. Mars leyó aquel especial documento, que devolvió para decir, suavizado de nuevo:

—Podría haber empezado así, Jackson. Si somos colegas, no vamos a mordernos. Le escucho con suma atención.

—Empezaré por el principio. Fui agente de investigación de una fuerte compañía de seguros de Boston. Gané un buen premio, y me retiré al campo para dedicarme a mi trabajo favorito: escribir novelas policíacas. Pero la compañía de seguros afiliada a la «Sunbeam», me llamó. Habían establecido un nuevo seguro: el de «Incapacidad profesional» para futbolistas. Aseguraron en cuatrocientos mil dólares a un defensa central del equipo suizo, llamado Giano Gruber, que falleció atropellado por una motocicleta.

—Leí el caso a fondo.

—Myriam Vandorf es su viuda.

—Ya. ¿Y…?

—La muerte es puramente accidental, y no puede demostrarse nada contra la viuda. Pero las compañías de seguros son siempre recelosas, porque desgraciadamente, se dan casos de perversidad. Y conste que mi compañía no sospecha de Myriam Vandorf. Me llamaron, porque Myriam Vandorf estaba en Nueva York, y porque

el agente que hizo firmar la póliza al pobre Gruber, es un tal Milton Burns. ¿Le dice algo este nombre?

Descolgó Mars un teléfono, y se limitó a ordenar:

—Burns, Milton Burns. Ficha.

Colgó y su comentario fué amable:

—Llevamos un registro de extranjeros que nos honran con su visita. Gracias a los turistas, hay empleo para doscientos policías simplemente dedicados a investigación discreta. Prosiga, Jackson.

—Milton Burns es el prototipo del intelectual que dedica su talento a burlarse de la Ley, sin caer en la vulgaridad de hacerse merecedor a la lectura de ningún párrafo de código penal.

—Un timador internacional, posiblemente. Una fauna abundante por esta latitud.

—Se especializó en varios timos muy inteligentes. Al parecer, en Sudamérica le cogerían acusándole de un asesinato, aunque carecen de pruebas concretas. El caso es que en mi doble calidad de agente de investigación de seguros y agregado al F. B. I., este organismo me encomendó la siguiente tarea: averiguar qué relación existe entre Milton Burns y Myriam Vandorf. Ambos cogieron el avión en Miami y aterrizaron en Saint-Moritz, si bien se alojaron en distinto hotel. Puede ser obra del Azar que Myriam se casase con Gruber a quien conoció en Saint-Moritz, y que Burns asegurara a Gruber. Myriam Vandorf es una muchacha distinguida, por encima de toda sospecha criminosa, que iba agotando el resto de su herencia. Pero ahora Myriam Vandorf está asustada. ¿Por qué? ¿A quién teme?

—Cabe la posibilidad que Milton Burns la esté chantajeando.

—He pensado en ello. El caso es que yo debía tratar de entrar en relación con ella, en forma casual. Ella me facilitó la tarea. Se dedicó a recorrer el Bowery, un barrio bajo neoyorkino. Parecía buscar algo o alguien, y a la vez, indecisa, temer encontrarlo. Llamé a un agente del F. B. I., el cuál se especializa en infundir pánico con sólo aparecer. Este agente fingió atacar a Myriam, y yo intervine. Una lucha feroz, con puntapiés bien asimilados por el otro agente, antiguo luchador. Myriam confió, me dió dos mil dólares y me contrató como secretario. Y ha manifestado su deseo de conocer el hampa marsellesa.

Llamaron a la puerta, y entró un joven que dejó sobre la mesa una cartulina, volviendo a salir al gesto del comisario.

Mars tendió la tarjeta. No había fotos ni huellas en los compartimientos reservados a impresiones y foto judicial.

—Como usted puede apreciar, por ahora su compatriota, es para nosotros un turista, que hace siete años estuvo en Marsella, después nos honró de nuevo con su visita en Burdeos, más tarde en París, donde ahora se halla alojado en el «Carlton». Con la mayor mala

voluntad del mundo, nada puedo hacer contra Milton Burns, salvo si viniera usted provisto de un mandato de extradición.

—Burns es hábil, y por ahora nada hay contra él. Pero en esta, ficha virginal, dice que se inscribió en el hotel como agente de negocios, y dando como referencia la agencia de seguros «Sunbeam» de Berna. Trataré de ver qué relación hay entre él y mi patrona accidental.

—¿Está aquí la señora Vandorf, viuda de Gruber?

—Se alojó en el «Mássena» de Niza, y yo en una hostería de las afueras. No quiere que nos vean juntos. Ha indicado que a las doce vendrá a Marsella. Me ha preguntado si tendría yo inconveniente en acompañarla a la Comisaría Central. He replicado que no tenía yo antecedente ninguno, puesto que nunca vine a Europa, ni estaba fichado en América.

—¿Y qué deduce usted?

—Ella no puede acudir a la policía, y tiene miedo. Primero, tal vez pensó que yo pudiera, servirle para desembarazarse de alguien, y después estimó que no tenía yo aspecto de criminal a sueldo. ¿Buscará quizás en el hampa marsellesa un asesino a sueldo?

—Daré todas las facilidades —dijo seriamente Mars—. Cuando usted regrese aquí con ella, no le conoceré. Hasta luego.

Myriam Vandorf en el «Mássena» apenas se hubo instalado, recibió una carta que el gerente le mandó, notificando que va hacía dos días estaba allí.

Venía fechada de París, y firmaba «M. B.». Decía:

> «Querida Myriam: En la bahía de los Angeles, la balsa octava es muy propicia para solearse. Entre una y dos del mediodía, tomaremos el sol.
>
> »Siempre tu servidor.
>
> *M. B*».

Desde el café de Marsella donde habíanse citado Jackson y ella, se divisaba un paisaje espléndido. Pero ambos no estaban propicios a contemplaciones. En ella, la tensión nerviosa de su odio hacia Burns, y en él, la intriga por resolver un problema, les impedía comportarse como plácidos turistas.

—Si quiere, puede ahorrarse el acompañarme, Jackson, porque voy a la Comisaría Central.

—Una americana joven, bonita y aristócrata, precisa un secretario. Y repito que no la pondré en compromiso con mi presencia.

—Desde el hotel, el gerente telefoneó para informarse de quién era el comisario de servicio para extranjeros. Un tal Aquiles Mars.

Espero que será complaciente.

—Cuando menos, los franceses, aun policías, son galantes.

El comisario Mars se puso en pie al entrar Myriam Vandorf, que le tendió la diestra, declinando sus nombres y representando «mi secretario particular, Jackson».

—Atribuirá usted mi visita a morbosa curiosidad, comisario, pero es lo cierto que aun a riesgo de que me califique mentalmente de caprichosa inquieta, siempre tuve el deseo de estudiar de cerca los métodos policiales en esta ciudad considerada sede del hampa más peligrosa.

Manifestó el comisario que eran numerosas las personalidades extranjeras que visitaban los archivos de la Comisaría Central, y que la policía no sólo aceptaba con satisfacción aquellas visitas, sino también con gratitud, porque a veces alguno de los visitantes reconocía en la pantalla del Laboratorio de Identidad Judicial tipos fichados, contra los que podía presentar denuncia.

Mientras los acompañaba a la sala de proyecciones, añadió Mars:

—El hampa y nosotros mantenemos como una especie de mutua vigilancia en la tierra de nadie que es el barrio bajo de Marsella. Ellos nos conocen, y los conocemos. Siempre que hay un asunto turbio, ellos tratan de tener bien preparada su coartada, y a nosotros nos incumbe demoler piedra por piedra su falsa fachada.

La sala de proyección semejaba un cine pequeño, con seis filas de butacas, cabina de operador, pantalla y varias mesitas con recuadro luminoso de cristal.

Sentóse Mars tras una mesita, y a cada lado, ocuparon otras butacas Myriam Vandorf y Tony Jackson.

—¿Tiene preferente por algún género particular de maleantes, señora? —preguntó Mars.

Rió ella nerviosamente, al replicar:

—Me da igual, comisario.

—Puedo presentarle agentillos de espionaje, timadores, atracadores, asesinos a sueldo, y en fin, cualquier rama de la especialidad delictiva. Los tenemos encasillados profesionalmente. Les presentaré a los que se hallan en libertad por haber cumplido condena, o haberse fugado.

Pulsó Mars una palanca, y la sala se sumió en obscuridad. En ella resaltaba el luminoso cuadro de cristal de la mesita. Extrajo de un cajón lateral una diapositiva, que introdujo en un ranura. La pantalla se iluminó, reproduciendo una doble foto de frente y perfil.

En el recuadro de la mesa, aparecían aplicadas unas huellas digitales, y Mars habló, leyendo bajo las huellas:

—«Prieur, Jean-Pierre, apodado «Pierrot», nacido…»

Iban desfilando fotos en la pantalla y Mars explicaba a quiénes identificaban, así como sus condenas o especialidades.

De vez en cuando, Myriam hacía preguntas, y el comisario volvía a reproducir la fotografía doble.

—Ahora conocerán un tipo simpático, porque es un bruto integral, capaz de matar en un arrebato furioso. Ha sido futbolista, pero como era de los que preferían ir por el contrario, olvidándose del balón, y se peleaba siempre con directivos y entrenadores, se le fueron cerrando las puertas de los vestuarios.

La pantalla reprodujo de frente y perfil, un rostro moreno, de frente estrecha y espeso cabello crespudo. Gruesos labios, y ojillos feroces poco separados por la estrecha ternilla nasal.

—«Vanel, Marc-Julio-Alfonso, apodado «Nibdetif», nacido en Argel. Primera condena a los veintiún años, por golpes, heridas. Segunda condena por agresión a un árbitro en la vía pública, golpes, heridas. Tercera condena, por borrachera, escándalo en la vía pública, agresión a un directivo. La última condena la cumplió hace cinco meses, por saltar al campo de fútbol de Nimes y agredir a un defensa que había lesionado a un amigo suyo, resistiéndose a los gendarmes».

Myriam Vandorf preguntó:

—¿Lo consideran un delincuente?

—No. Lo estimamos como un energúmeno que terminará mal, pese a que no es más que carácter impulsivo. Frecuenta con asiduidad el café «Pétanque», que es el sitio de reunión de los futbolistas.

Siguieron desfilando otros componentes del hampa marsellesa. Cuando terminó la visita, el comisario Mars besó galantemente la diestra de la americana.

En la calle, ella comentó:

—Muy gentil el comisario. Y el más curioso de los fichados, era ese argelino apodado «Nibdetif»… Lleva usted unos instante mirándome casi con pena, Jackson.

—Escuche… Yo soy su secretario, ¿no? La palabra lo dice: «comparte los secretos». Usted tiene un secreto que la atormenta, y si confiase en mí, le sería más llevadero dicho secreto.

—Exceso de imaginación, Jackson. No sea visionario.

—Usted tiene miedo de alguien.

Ella se irguió. Dijo secamente:

—Aténgase a cumplir lo que yo le indique, sin iniciativas novelescas. Regreso a Niza. Esta noche, preséntese a las ocho en el mismo bar donde le cité esta mañana. Adiós. Y en Niza, recuerde que no me conoce.

Myriam Vandorf, en el lujoso autocar de servicio entre Marsella

y Niza; reflexionaba sobre su problema insoluble. No quería perder su libertad, y sólo volvería a ser su propia dueña, cuando Milton Burns desapareciese.

Por la noche, Tony Jackson la escoltaba en la nocturna ronda a los cabarets y cafés típicos de la vieja ciudad. Y el agente de seguros, agregado al F. B. I., se convencía cada vez más, que Myrian Vandorf buscaba a alguien, para solucionar algo. Dos misterios a añadir al del viaje desde Miami en compañía de Milton Burns, el que había obtenido la póliza de seguros de Giano Gruber.

CAPÍTULO VI
EL PERSUASIVO BURNS

La Bahía de los Angeles, tenía la empalagosidad de una tarjeta postal, con un denso azul de cielo, el verde mar de limpidez cristalina, y la neta blancura de las arenas.

Myriam Vandorf nadó hacia la balsa amplia, en cuyo maderamen había un gran ocho pintado en azul. La distancia era larga, y aquella balsa era poco frecuentada.

Se encaramó ayudada por una mano varonil. Se tendió boca arriba, y a su lado, boca abajo, Milton Burns dijo con entonación amable:

—Me agrada verte de nuevo, Myriam.

—A mí, no.

—Soy comprensivo, y no me ofende que te sientas como atada. Voy a dejarte libre, Myriam… tan pronto ultimemos un segundo negocio. El último y definitivo. Sé que no debo prolongar más nuestra alianza, porque tus nervios podrían estallar. Antes de exponerte mi nuevo plan, he de recordarte que has de abonarme doscientos mil.

—¿Cuándo, cómo y dónde?

—Así me gusta. Clara y neta. Te mandaré una relación de Bancos en diversas capitales fuera de Francia, y las cantidades que transferirás a mi nombre.

—¿Cuál es tu segundo negocio?

—No hay asesinato, como tampoco lo hubo en el caso de Gruber. Se trata también de un jugador de fútbol… pero no es para cobrar su seguro, ni mucho menos. Es un muchacho que hace el servicio militar en el Estado Mayor. Y tengo la plena convicción de que está en condiciones de proporcionar un documento por el que nos pagarían mucho más que un mísero seguro. Espionaje puramente comercial, Myriam.

—Lo prefiero. ¿Qué más?

—Estás más sosegada, y me complace constatarlo.

—Me he resignado, pero es la última, vez que trabajo para ti.

—Para ti también, querida. Permíteme una digresión. Mi fuerza radica en que nunca me enamoré ni me enamoraré. Me quiero demasiado. Pero los demás mortales sucumben fácilmente al poderoso encanto que emana de mujeres como tú.

—Odio tus conferencias de engreído varón superior. Prosigue

exponiendo tu plan.

—El jugador a que me refiero se llama Roger Vanel. Es argelino.

Myriam Vandorf pestañeó. ¿Vanel, argelino?…

—Es nervioso, impresionable y muy faldero. No será preciso que te cases. Bastará con que le seduzcas, y lo lograrás. Frecuenta en Marsella, el bar «Pétanque», sitio de cita de los aficionados. Cuanto antes, logra su amistad. Preséntate como furibunda aficionada, y tienes la ventaja de ser la viuda de Gruber. Esto llamará la atención de todos. Cuando consigas la atención de él, ya te comunicaré lo que deberás hacer.

—Bien.

—Pasemos ahora a tu viaje a Nueva York, y a tu regreso. No te pido que me digas a qué fuiste. Supongo tuviste un resabio de rebeldía, por fortuna aplacado. Compréndelo, Myriam… Me odias indebidamente, pero tengo la certeza de que no cometerás una imprudencia que terminaría con tu independencia. Esta vez, cuando quede resuelto lo referente a Roger Vanel, nos separaremos. Y ahora dime… ¿sabes quién es el que te acompañó ayer por la comisaría?

Se estremeció ella, y Burns prosiguió:

—Me agradaría te dieras perfecta cuenta de que eres una debutante, comparada con quien como yo, llevo quince años imaginando lo peor de cada persona. Ten la bondad de explicarme cómo conociste al que te acompañaba ayer por la mañana.

Ella lo hizo detalladamente, limitándose a explicar que recorría el Bowery en Nueva York, por aturdirse.

—Muy listo ese muchacho. Y te has supuesto que es un magnífico sujeto para proponerte que me elimine.

—Tu imaginación está envenenada, Milton.

—Me anunciaste tu deseo de matarme. No lo harás personalmente, y para quitarte todos los malos impulsos, debo advertirte que en la caja privada de un Banco belga, tengo lacrada una confesión de cómo te conocí, y cómo planeamos tu viudez. Te entregaré dicha literatura cuando terminemos el asunto de Vanel.

—Es tanto el asco que me inspiras, que si pensé matarte, ya he abandonado esta idea.

—En correspondencia a tu amabilidad, te advierto que Tony Jackson es un novelista aficionado, de profesión investigador de seguros. No tiembles, nena. Nada mejor que tener a tu lado a quien podrá ser el mejor testigo de que eres inocente.

—Si es Jackson lo que pretendes, cuando yo trate, a Vanel, se confirmarán sus sospechas.

—Yo me cuido de todo, querida. ¿A qué fuiste a la comisaría?

—No a denunciarte.

—Eso lo sé. Denunciarme sería únicamente mortal para ti.

—Me presenté como estudiosa de Criminología.

—Vaya… ¿sigues buscando alguien para desembarazarte de mí? Estoy ya acostumbrado a la ingratitud. Vamos a concretar. Jackson debe ya saber que estuvimos juntos desde Miami. Por lo tanto, le hablarás de mí. Le dirás que te hago el amor, y que no puedes librarte de mí, porque yo conozco un secreto tuyo, que te desprestigiaría a los ojos de la buena sociedad que frecuentas en América. ¿Comprendido?

—Sí.

—Otra advertencia. El comisario que estaba de servicio, es un mal bicho. No te extrañe lo bien informado que estoy. Ya no estamos los dos solos. Este segundo y último negocio, nos dará la gran fortuna, pero ambos tenemos ahora un jefe. Escucha, Myriam… Yo siempre he trabajado solo, y si me he decidido a trabajar aceptando un jefe, puedes comprender que se trata de alguien superdotado. Una persona fría, científica, muy bien considerada en la Costa Azul. Me conocía de oídas, y me propuso este asunto de espionaje. Le aseguré que me querías, y que eras la mujer indicada, y que sabrías ganarte la confianza de Roger Vanel. Ayer noche, me informó de la personalidad de tu acompañante, y está encantado de que tengas a tu lado un constante testigo, a quien echarás ceniza a los ojos. Ahora mismo, desde su habitación, puedes estar segura, que Jackson nos contempla con un largavistas. No puedes negar que es excitante vivir así, engañando a quien nos pretende engañar. Después… adiós, Myriam. Volverás a América, libre y rica.

—No tengo garantía de que después me dejes libre, Milton.

—Tengo la suficiente inteligencia para no estirar demasiado de la cuerda.

—¿Quién es ahora tu jefe… y el mío?

—Lo que no sabes, nunca te perjudicará. Lo conocerás, entre cuantos irás conociendo. Ahora vuelvo al agua. Si nos encontramos de nuevo, te saludaré, y charlaremos. Y no te olvides de confiarte plenamente a Tony Jackson, tan pronto le veas.

—Esta noche cenamos juntos, y seguimos visitando Marsella.

—Id al «Pétanque».

Milton Burns, atlético y elástico, se zambulló, y fué alejándose con segura brazada marinera, de lado. Su rubia cabellera destellaba, dorada, a ras del agua.

Myriam Vandorf, poco después, nadaba hacia la playa. Pensaba en Tony Jackson y en «Nibdetif», el hermano de Roger Vanel.

Por la noche, cenaba con Jackson en un «bistró» del puerto, oliendo a anisado, ajos, pimientos y cuantos ingredientes componían la cocina meridional.

Estaban en un compartimiento en forma de palco, qua dominaba el comedor central. Encendió ella un cigarrillo, saboreando el «pastis».

—He pensado mucho en lo que ayer me dijo, Jackson. Perdóneme si entonces fui brusca. Me refiero a su alusión al significado de la palabra secretario.

—A veces, confiar algo que nos roe íntimamente, es un alivio.

—En mi pasado hay un hecho desagradable. Un amorío de juventud, ciertas cartas… Algo que me desprestigiaría en la sociedad. Y hay un individuo que conoce este secreto. No sé por qué medios se hizo con las cartas.

—Ya… Un chantaje.

—No me pide solamente dinero. Quiere casarse conmigo.

—Vaya… Ahora comprendo… Usted desea que alguien pueda desposeer de esas cartas al chantajista.

—Eso es, pero resulta peligroso. Comprenda que puedo pasar de manos de un chantajista exigente, pero cortés, a poder de otro peor.

—Depende.

—Esta misma mañana me dió cita. Me sigue desde Miami; no es un fichado inculto y logró entrar como agente de seguros, precisamente en la casa donde el infortunado Giano se hizo la póliza. Se llama Milton Burns.

—¿Inglés?

—Americano. ¿Qué debo hacer? Llegué a estar tan desesperada, que pensé en matarle… Sí… Hasta llegué a esta idea.

—Podemos solucionarlo sin recurrir a tales extremos. Ya idearé algo positivo. ¿Sabe que estoy con usted?

—Sí. Y desconfía, aunque he afirmado que se trata simplemente de un antiguo conocido mío, al que he empleado como secretario. Milton Burns es peligroso.

—También yo lo soy —sonrió Jackson—. Cuando pueda, me presenta a Milton Burns. Me gustan los hombres inteligentes. ¿A dónde vamos ahora?

—Hizo usted una lista de todos los sitios típicos.

—Ayer taché los que hemos visitado. Está ahora a continuación el barrio pescador.

—No, por favor: ya huele bastante a pescado la ciudad.

—Sigue el barrio de los cafés deportivos. Los marselleses son muy vehementes, y discuten apasionadamente. Pero tal vez le molestaría recordar a Giano Gruber.

—No. Me gusta mucho el fútbol, y en realidad, fué tan breve, mi intimidad con Giano…

De pronto, se truncó su voz en un sollozo, inundándose sus ojos en lágrimas, que trató de restañar con su pañuelo. Murmuró:

—El recuerdo me ha hecho perder el dominio de mí misma.

Se encontraba mísera, vil, prisionera de su temor a la cárcel y a la venganza de Burns. Tenía miedo de ser sincera, porque su egoísmo le impedía abandonar su cómoda existencia. Se enfangaba, pero no se decidía a convertirse en una reclusa… y tal vez sentenciada a larga pena, acusada de complicidad en el «accidente» de Gruber.

Comprendía que Burns la tenía presa en una tupida malla. Tony Jackson apuró su absenta, que para otros era aperitivo, pero para él, bebedor, constituía un tónico cerebral.

Pensaba que Myriam podía ser sincera, y podía también mentir.

—Distráigase, Myriam. Iremos al «Pétanque», el bar más concurrido de Marsella. A propósito: es precisamente el lugar que frecuenta el agresivo «Nibdetif», que debe ser un sujeto pintoresco.

Tony Jackson iba a comprobar pronto que acababa de decir una gran verdad. El café «Pétanque» era amplio y confortable, con largas banquetas forradas de cuero obscuro.

Se acodaron primero en la barra, y Jackson examinó a los contertulios que formaban grupos en cada mesa. No había una sola mujer, aparte de Myriam Vandorf.

—Sentémonos allí, Myriam. Ahí está «Nibdetif», perorando entusiasmado.

Se dirigieron a una mesa, contigua a otra en la que había cinco jóvenes. El que llevaba la voz cantante, obscuro de piel, crespo el cabello, vestido con americana a cuadros, camisa a rayas, pantalón de franela y zapatos de gruesa suela, estaba diciendo:

—…porque sí, porque lo digo yo, y vosotros sois unos profanos. Y tú el que más —afirmó, señalando con el índice a uno de los jóvenes, que como él, tenía la tez morena—. Pretendes saber dónde tienes los pies, ¿no? Pues yo te digo que cuando yo jugaba, aquello era fútbol. Nada de tácticas ni tonterías. Una pelota y veintidós duros de pelar. Nada de niños bonitos que apenas divisan a un contrario sueltan la pelota a otro, como si les quemara la bota. Aquello era fútbol.

—Parece como si hablaras de la época de Napoleón, Marc —dijo uno de sus oyentes—. Como si fueras un veterano.

—¡Lo soy, profano! —exclamó «Nibdetif».

De pronto miró a la mesa de al lado, contemplando con mueca enojada a Tony Jackson. Se encogió de hombros, comentando:

—Turistas. El tipo me mira como si tuviera yo monos en la cara. Ella es guapa de veras, y tiene pinta de duquesa del dólar o de la libra.

—El francés no lo hablas tu tan sólo —observó el de piel también muy morena.

Tony Jackson, sonriente, intervino:

—Perdonen si hablo mal, pero entiendo, y no se molesten. Me interesaba la conversación. ¿Puedo invitarles, señores?

—Gracias. Aquí no funciona el plan Marshall —gruñó «Nibdetif».

—No seas grosero, Marc —reprendió el otro—. Es mi hermano, ¿saben? Un buen chico, pero algo bruto. La señorita perdonará…

Myriam Vandorf sonrió con melancolía no fingida.

—Mi esposo era un buen futbolista.

—¿Ah, sí? —preguntó, interesado, Roger Vanel—. ¿Era…?

—Murió recientemente en un desgraciado atropello, en Berna.

—¡Gruber, Giano Gruber! Ah, pues… ¡mala suerte, señora! Ya decía yo que su cara me recordaba algo… Los periódicos…

«Nibdetif» se sintió amable. Dijo:

—Gruber le daba bien al balón. Era como yo. Este, mi hermano, es también defensa, y cuando me haga caso, llegará lejos.

La conversación se generalizó. Se marcharon los otros tres, y por último, Roger Vanel también se levantó:

—Tanto gusto en haberles conocido, y espero que el domingo vendrá al partido, señora.

—Sin falta.

«Nibdetif», a solas con ellos dos, gruñó:

—Va a platicar con su novia Mireya. Bueno, ahora pago yo esta ronda, yanquis. Sois simpáticos los dos. Y oiga, señora; si usted quiere conocer cosas típicas, con todo el respeto, yo soy el amo.

Entraba Milton Burns que se acercó, para inclinarse ante ella.

—Buenas noches, Myriam. Te vi, y he entrado.

—Hola, Burns. Estos caballeros son Tony Jackson, mi secretario, y el futbolista Marc Vanel. Siéntate. Precisamente, yo me disponía a aceptar la invitación de Vanel, que me propone una excursión pintoresca.

—Y soy todo un caballero —subrayó el achispado argelino—. Cuando quiera, señora.

—Dentro de una hora, volveré aquí —anunció ella, levantándose.

Quedaron a solas los dos americanos. Comentó Burns:

—Myriam sabe defenderse, pero no debería haber salido con ese embriagado sujeto, que tiene cara de asesino.

—Nunca la cara es el espejo del alma, dicen los filósofos.

—Los que escriben no viven sino aventuras ajenas.

—Salvo cuando escriben después de haber vivido las propias.

—Es posible, pero no confío en la psicología escrita.

—Voy a darle una prueba contraria, a su alegato. Si desde temprana edad, uno se dedica a observar el libro de la existencia, se

llega a percibir signos invisibles para los distraídos. No es un rasgo facial, ni la voz ni la apostura física, sino algo más indefinible, lo que se puede leer en determinadas personas dotadas de especial marchamo.

—Léame.

—Es fácil. Un viajero infatigable, carente por completo de esa misteriosa substancia llamada conciencia.

—No está mal… sobre todo cuando, de ante mano, y siendo secretario de la señora Vandorf, ella puede haberle dicho la relación que nos une. No sé si ella le habrá considerado digno de ser su confidente, pero es posible.

—Usted, hombre de mundo, está convencido de que la moraleja que pregona el castigo del delincuente, es una leyenda. Usted, sabedor de que posee un talento especial, mal encauzado, tiene también presunción de suponerse a salvo de toda represalia.

Bostezó delicadamente Burns, cubriéndose los labios con el reverso de los dedos. Tony Jackson añadió.

—Terminará mal, Burns.

—¿Es amenaza o profecía indiferente?

—Un comentario acerca de que el peor enemigo del hombre inteligente es creerse infalible. Y ahora, adiós. Esperaré a mi patrona en otra mesa, porque no me es usted simpático.

—A la recíproca, Jackson.

Ocupó Jackson una mesa alejada. Y Burns, al cabo de unos instantes, abandonó el bar.

Entre tanto, Marc Vanel se exhibía orgullosamente acompañando a Myriam Vandorf. Tenía un raro instinto, que le advertía que la americana no era una frívola buscadora de aventuras amorosas.

Pero se sobresaltó cuando ella, en el palco de un teatro de vodevil, murmuró:

—Usted es el hombre que necesito, Marc.

La sala desbordaba en carcajadas viendo en la escena los apuros de un hombre escondido bajo una cama.

Marc Vanel truncó su carcajada, dejando de mirar al escenario. Terminaba el segundo acto, y el público masculino se dirigía al vestíbulo.

Myriam Vandorf tenía sólo una obsesión: librarse de Milton Burns y a la vez no perder su libertad.

—Es muy importante lo que quiero confiarle, Marc. Yo sé que tiene usted muchas relaciones con el hampa. Sé que ha estado varias veces en la cárcel.

Frunció Vanel el entrecejo, para gruñir:

—Estuve en la cárcel por romper la cara a otros, pero hasta

ahora nunca por dar un trompazo a una mujer… y vamos camino de ello.

—Recurro a hablarle así, porque estoy desesperada, y usted es un hombre decidido y cabal.

—Eso sí. ¿Qué más?

—Hay un individuo que me somete a chantaje. Yo pertenezco a un círculo social, donde no podría volver si este chantajista, se valiera de una carta mía comprometedora. Esta carta la tiene en un Banco belga, y usted, Marc, podría hablar con algún conocido, al cual yo le pagaría bien si me conseguía esta carta.

—Yo no soy revienta-cofres.

—Pero conocerá a alguno, que por… digamos cincuenta mil dólares, hiciera este trabajo. Es una caja privada.

—¡Sopla! ¿Cincuenta mil, dijo? Por ese precio, hay quien es capaz de cambiar de sitio la Torre Eiffel.

—Si yo consiguiera tal carta, entonces, le revelaría toda la maldad del chantajista. Fue algo que en cierta forma le produciría a usted un justo afán de… Pero no anticipemos las cosas, Marc. Como ve, yo tengo plena confianza en usted, porque un comisario de policía, que conoce muy bien a los hombres, aseguró que usted es agresivo, pero es incapaz de mala acción, y menos contra una pobre mujer.

—Eso sí. Puedo probar de convencer a un conocido. Dígame de qué Banco se trata, y cómo se llama el tipo del chantaje.

—Milton Burns, y sólo me dijo que la carta estaba en un Banco belga.

—Veremos a ver si estos datos bastan. No crea que es la primera vez que oigo hablar de inglesas y americanas, que buscan un tipo de confianza para resolverles papeletas de esta clase. Ahora volvamos al bar, y mañana le diré si la cosa se puede arreglar.

—Gracias, Marc. ¡No sabe usted cómo se lo agradeceré! Sin titubear he pensado en usted, porque sé que no se valdrá de dicha carta, para hacerme chantaje a mí. Usted no es de esta calaña.

—Seguro que no —afirmó, sinceramente, el argelino—. Y después, no se apure, que yo me encargo de desmontarle el físico, pieza por pieza, a este cochino Burns… y de balde. Yo soy así.

—Mañana, ¿dónde nos vemos?

—En el «Pétanque», a la hora del «pastis».

Se despidieron a la puerta del bar, y Jackson acudió.

—Un buen muchacho ese argelino. Estoy cansada, Jackson.

—Parece usted contenta. Y sin embargo, yo no sé por qué, me figuro que cada vez se complica más la existencia. Hágame caso: confíe en mí, y tal vez recupere usted su tranquilidad. ¿No me contrató de secretario? Confíe en mí.

—Si le necesitase, ya se lo advertiría.

—Pero tal vez será tarde cuando lo haga.

—Hasta mañana, Jackson.

—Como usted diga, Myriam.

El persuasivo Burns estaba hablando con alguien en el interior sin luz de un coche dos plazas.

—Está nerviosa, pero no puede comprometernos, se lo aseguro. Tengo ya bien preparada una argumentación infalible, para el caso en que ella cometiera alguna tontería.

—Que así sea, Burns. No debe fallar el asunto de Roger Vanel.

—No fallará.

Bajó Burns del coche, que partió hacia Niza.

CAPÍTULO VII
EL TRIO «ENCANACADO»

En ciertas islas 0del Pacífico, los blancos se abandonan a una completa desidia, viviendo en chozas, vistiendo como los indígenas, en pleno desaliño, y entregados a una indolencia casi enfermiza… y parecen felices.

Los funcionarios de las mismas islas, que aun siguen aferrados a las conveniencias sociales, al comentar aquella rudimentaria existencia en que vegetan otros blancos, dicen de ellos que «se han encanacado».

Pero también había seres «encanacados» en la Costa Azul. Pertenecían antes a diversas esferas sociales, y empezaron por encontrar placentero el clima, después la comodidad de ir por todas partes en alpargatas, pantalón corto y una sencilla camisa, y por fin, se instalaron en alguna de las islitas a corta distancia de la costa.

Islitas donde no había casino, ni dancing, ni hoteles lujosos, sino humildes pescadores. En una de estas islitas, la de Menfiche, un trío extravagante se hizo construir un modelo económico de chalet reducido, con cuatro habitaciones en la planta baja, y una especie de granero-estudio en el alto.

Los pescadores les llamaban los hermanos Plessis. El pequeño chalet estaba casi oculto entre pinares, en la falda de la loma que terminaba en una playa, al sur de la isla, a la otra parte de donde se hallaba el poblado pesquero.

El mayor, que peinaba canas, veíase alguna vez por los alrededores del poblado, instalado con trebejos de pintor, empastando una tela con chafarrinones. El menor, acudía una vez por semana a las tiendas del poblado, efectuando la compra de provisiones. Le llamaba Bébert, su hermano mayor, que contestaba al nombre de Jojó.

Del chalet a la playa, y del mar al chalet, era el único recorrido que hacía el tercer Plessis, que contestaba al nombre de Dedé, una muchacha llena de carnes, extremadamente femenina, como nacida para la caricia.

Por dos veces la policía de Marsella, había venido a someter a largos interrogatorios a los hermanos Plessis, a raíz de algún robo sin violencia, que había tenido lugar en algún Banco de la costa.

Pero los hermanos Plessis habían podido demostrar su completa inocencia, al menos en los dos robos en cuestión.

Juraron que desde el año 1937, en que los dos varones ingresaron en presidio para cumplir cinco años de condena, se habían apartado del mal camino, y que ahora vivían apaciblemente, gracias a la herencia dejada por una tía lejana.

Lo que callaban, era que ya la herencia tocaba a su fin, pero que no se decidían a volver a «trabajar», mientras no encontrasen el «gran golpe».

Cada domingo, los dos hermanos iban a Marsella, porque eran aficionados al fútbol, y así conocieron a Marc Vanel, con el cual adquirieron confianza.

La suficiente confianza, para que Marc Vanel, de vez en cuando, viniera a comer con ellos, intentando en vano conquistar a Dedé, la cual afirmaba misteriosamente que sólo se casaría con el hombre joven y fuerte, que fuera a la vez dueño de un motovelero.

Se rumoreaba que Dedé Plessis era una «inocente», es decir, que no andaba muy bien de la cabeza Y ésto parecía confirmarlo su firme declaración de que sólo se casaría con un hombre joven y fuerte, que fuera dueño de un motovelero.

Pero este misterio iba a aclararse, a raíz de la visita de Marc Vanel haría a los Plessis a la mañana siguiente de conocer a Myriam Vandorf.

Llegó el argelino en uno de los lanchones pesqueros que había ido a descargar su cosecha nocturna en La Ciotat.

Desde el poblado hasta el chalet habitado por los Plessis, había una hora de camino. A veinte minutos de marcha, encontró a Jojó, que sentado en un plegable, trataba de reproducir, según su concepto visual, la marina que se extendía a sus pies.

—Hola, Jo.

—Hola, Nib.

—Traigo un buen asunto.

—Por oírte, nada se pierde.

Abandonando sus trebejos, Jojó Plessis, alto, robusto y de rostro huesudo y poco amable, echó a andar seguido por Vanel.

En la concha de pinares, terreno propiedad de los Plessis, adquirido a muy bajo precio, Dedé se tostaba al sol con el bañador floreado y de escasísima tela.

Marc Vanel suspiró, sin comentarios, prefiriendo apartar la vista, y continuar bordeando la loma, hasta llegar al chalet, donde Bébert Plessis cocinaba el almuerzo.

Bébert, dotado de buenos músculos y de un rostro bestialmente feo, tenía a gala ser un talento, culinario, y no quería ingerencias de nadie en sus guisos.

—Hola, Bébert.

—Hola, Nib.

Entró el argelino en la sala desde la que se divisaba el mar, y que servía de comedor.

—Tú dirás, Nib.

—Yo me contentaré con un diez por ciento, por ser el que trae el gran golpe. Una cosa fácil, y productiva.

—Todo es fácil antes. Pero tú no eres ningún necio.

—Una americana, viuda de Gruber, el internacional que jugaba en el equipo suizo, ha caído bajo las garras de un chantajista. Está desesperada, y se caló que yo era de fiar. Me dijo anoche que como yo conocía a gente de agallas, podía tal vez rescatar la carta que el chantajista tiene en un Banco belga, en una caja privada.

Al oír la mención de un Banco, Jojó Plessis hizo un gesto maquinal: pulimentarse las sensibles yemas de los dedos contra la tela de su camisa.

—El tipo se llama Milton Burns.

—Hace años que nos hemos retirado del oficio Bébert y yo.

—Pero tú dijiste que si se presentaba algo sólido, os decidiríais. Y esto es sólido, Jo. La yanqui da cincuenta mil dólares.

Jojó Plessis se pasó la lengua por los labios, atacado de sed repentina. Se levantó, cogió una botella de menta y otra de «cassis», y dos vasos escanciándose en el suyo mezcla de los dos licores.

Marc Vanel se sirvió «cassis», que paladeó goloso.

Jojó Plessis emitió un breve silbido, y fuera se oyeron dos silbidos. El hermano mayor convocaba a reunión.

Entró primero Bébert, que se instaló en silencio, tras comentar:

—El arroz reposa. Tengo diez minutos libres, Jo.

Se oyeron pasos rápidos, ligeros. Dedé, con sandalias amarillas, falda verde y blusa roja, apareció, acabando de retorcer sus cabellos negros bajo el pañuelo azul de lunares que se anudó con dos picos sobre la cabeza.

—Aquí, Nib, acaba de hablar con bastante buen sentido. Una americana paga cincuenta mil dólares para rescatar una carta que un tipo llamado Milton Burns guarda en una caja privada, en un Banco de Bélgica. Nib se contenta con cinco mil. ¿Qué te parece, Bébert?

—Nib no habría venido si la yanqui no estuviera bien dispuesta a soltar el dinero. Pero hay que hacer averiguaciones hasta saber en qué banco belga hay que «palpar» la caja. Después, el plano del banco, que nos costará algunos billetes. El viaje, la estancia el regreso…

—Eso es —aprobó el hermano, mayor—. Dile a la yanqui, Nib, que para ponernos al trabajo necesitamos un adelanto. Bastarán cincuenta mil francos, a descontar del pago final. Bien entendido, no tienes por qué hablar de nosotros.

—No soy un principiante ni un profano, hombre —se quejó el argelino.

—Quédate a comer.

—No puedo. He de verme con la yanqui a la hora del aperitivo.

—Entonces, ven a cenar.

—De acuerdo. Hola, Dedé. ¿Siempre tan huraña?

Ella rió, y en sus mejillas se ahondaron dos hoyuelos. No dijo nada. El argelino se levantó, suspirando… Se fué.

Los dos hermanos bebieron silenciosamente. Dedé fué a buscar la paellera, disponiendo la mesa.

—Huele bien —comentó Jojó—. Trae el blanco de Graves, que puso Bébert a refrescar.

Empezaron a comer. Mientras devoraba un muslo de pollo, Jojó miró a su hermana:

—Quedas tú por oír.

—El que tiene la carta que vale cincuenta mil —sugirió ella con su voz honda, sensual—, tiene también un llavero, y sería fácil entrar en su hotel o en su casa, y quitarle el llavero y la documentación. Tampoco estaría de más, mantenerlo aquí, hasta terminar el asunto. Después, no va a ir a contarlo a la policía.

—Nos ahorraríamos el comprar el plano, trabajar de noche con riesgo, dejar rastro… No está mal —opinó Bébert.

Jojó soltó el hueso mondado, y se limpió los incisivos escarbando con la larga uña del meñique.

—Si Milton Burns trabaja solo, bueno. Pero supongamos que forma parte de una banda. Se nos echaría encima.

—Con los cuarenta y cinco mil, nos podemos ir lejos. Y sería un hecho nuestro gran proyecto, ¿verdad, boba?

La «boba» sonrió, murmurando:

—Un motovelero por casa, y desde Madagascar hasta Marsella, sacaríamos un buen vivir.

—Con cuarenta y cinco mil, no tendríamos el motovelero adecuado. Y además, el modo de hacer dinero, es comprando la primera carga. Ser nosotros los armadores. Para esto hace falta más dinero.

Bébert asintió, hizo gárgaras con un sorbo de vino, bajó la cabeza, y dijo:

—Lo hay. Hay más. Si la yanqui suelta cincuenta mil por la carta, bien, valdrá tres veces más.

—Sería engañar a Nib.

—No. Le daremos su parte. Pidió el diez sobre cincuenta. Le daremos el diez sobre pongamos… doscientos mil. ¿Qué te parece, Jo?

—Hace nueve años que vivimos aquí en paz, reposadamente. Si

hemos de trabajar, que sea con una remuneración apropiada. Con doscientos mil, en Africa, seremos armadores.

—La yanqui puede dar cincuenta mil por la carta, pero puede resultar difícil sacarle doscientos mil —opinó Dedé.

—Depende. Hay que documentarse. Vete a Marsella, Bébert. Coge los periódicos atrasados que hablen de la muerte de Giano Gruber. Entonces, lo leí por encima, pero me parece recordar que la viuda cobró buen lote por el seguro. En camino, Bébert, y pronto aquí. Tú, Dedé, trata de averiguar dónde vive Milton Burns. Llama a todos los hoteles. Pronto aquí.

Los dos hermanos menores se fueron, y Jojó Plessis volvió a su tarea rellenando de pegotes diversos el lienzo.

A las seis de la tarde habían regresado ya Bébert y Dedé. Ésta afirmó que Milton Burns no se hospedaba en ningún hotel ni fonda de toda la Costa Azul.

Jojó subrayó con la uña el párrafo del periódico que decía la suma cobrada por la viuda del futbolista Gruber.

—Al cambio, esos francos suizos dan cuatrocientos mil dólares. No seremos pues exigentes pidiendo la mitad. Ahí viene Nib.

El argelino, tras suspirar saludando a Dedé, extendió sobre la mesa cincuenta billetes de mil francos.

—Como esos. La yanqui tiene plena confianza en mí.

—Va bien. ¿Dónde vive Milton Burns, Nib?

—Pensé que este dato os podría servir, y lo pregunté a la yanqui. Ella no lo sabe, y cree que Burns no se aloja en un sitio fijo, sino que va y viene.

—¿Va y viene? Ya. Un tipo con precauciones. Mejor. Si va y viene, y por casualidad diéramos con él, si estuviera unos días ausente, no llamaría la atención. ¿Trabaja solo el tipo?

—Sí. La yanqui afirma que no es un cualquiera.

—Mejor que mejor. Lo difícil, si pudiéramos meterle mano, es traerle aquí. Vamos a pensar en ello, Bébert. Trae un piscolabis, Dedé. Si meditamos paso a paso la caza de Burns, tenemos el dinero en el bolsillo.

***

Milton Burns informó al que llevaba el volante:

—Roger Vanel parece encantado cada vez que se enfrenta con Myriam. Creo que pronto estará en condiciones, porque es mucha la seducción de ella.

—Pero usted no sucumbió a dicha fascinación.

—No gusto de la mujer cultivada y que se cree superior.

—¿Ha pensado que Myriam puede buscar el medio de hacerle

desaparecer?

—No lo hará, desde que sabe que en cierta caja privada hay un escrito que al ser abierto a mi muerte, la llevaría a peor fin que el mío.

—¿Peor que morir?

—Un balazo es misericordioso, pero verse ante un tribunal, esperar la sentencia, es agonía doble para una aristócrata como ella.

—Llámeme como de costumbre, cuando haya novedad.

El coche partió, y Milton Burns fué a instalarse en la terraza de un cafetín, en la Cannebiere, la avenida marítima.

No se jactaba en vano al afirmar a Myriam Vandorf que las mujeres no tenían presa sobre sus sentidos ni su alma. Al menos, no le dominaban más que fugazmente…

Miró primero con indiferencia a la mujer que ocupaba una mesa más allá de la suya. Era una mujer joven, de la que emanaba un indefinible hálito de primitiva sensualidad.

Tenía rasgos faciales de angelote. No precisaban de carmín químico sus gordezuelos labios, ni de *rimmel* sus negras pestañas. Su vestido chillón era un acierto porque avaloraba un cuerpo elástico, macizo, denotando que tampoco precisaba de maquillajes interiores.

Su rizado cabello negro, formaba curiosos arcos en su frente y sienes. No miró una sola vez hacia Milton Burns. Cuando el camarero acudió, le dijo ella:

—Si tarda diez minutos más en venir me voy. No tengo por qué esperar a un hombre.

El camarero se encogió de hombros. La voz de ella era palpitante, íntima, brotando de mucho más hondo que su garganta.

Milton Burns sintió un desasosiego especial, mientras con furtivas ojeadas comprobaba que iban transcurriendo los diez minutos…

Se levantó para inclinarse ante la solitaria muchacha:

—Es tarde ya, y le agradecería me permitiese sentarme a su lado.

Dedé Plessis adoptó un aire de ofendida sorpresa… Su hermoso rostro bobalicón, aceleró la sangre en las venas de Burns.

—Estoy sola, caballero… Claro, que usted es extranjero, y ya es distinto. Puede sentarse, pero me voy pronto. Y si viene mi amigo, a lo mejor se enfada con usted.

—Correré el riesgo. ¿Puedo invitarla a tomar algo?

—Nata y fresas —rió ella, golosa.

Una risa honda, que volvió a estremecer las fibras sensuales del americano, que pidió para él, un *whisky* doble con hielo.

Ella devoró fresas bañadas en nata, y al terminar se pasó la

sonrosada lengua por los labios manchados, sonriendo gentilmente.

—Tomaría otro plato, si me invita usted.

—¡Camarero! Lo mismo para cada uno —y señaló Burns su alto vaso y el vacío plato—. Me llamo Milton.

—Yo Dedé. ¡Ah, los hombres! Ve, eso me pasa por ser buena. Me dijo mi amigo que vendría sin falta, y me deja plantada.

—Eso es imperdonable.

—¡Claro! Y yo vivo lejos. No vivo en la ciudad.

—No se preocupe, Dedé. Yo la acompañaré.

Rió ella, fijando sus luminosos ojos negros en el americano.

—Bueno, le dejaré que me acompañe, pero sólo hasta la ribera.

—¿Hasta la ribera?

—Vivo en isla con mi hermanito pequeño, en casa de unos pescadores. Y a las once, la última canoa sale de la ribera. Bueno, aquí llamamos la ribera, al muelle de pescadores.

Se calló para devorar la segunda ración de nata y fresas, mientras Milton Burns apuraba su segundo *whisky* doble con mucho hielo.

Descruzó ella las piernas, recogiendo su bolso.

En pie, le faltaba poco para rozar la misma altura que Burns. Cuantos estaban en la terraza miraban con ávida masculinidad, la espléndida figura de Dedé Plessis.

Milton Burns pagó y echó a andar tras ella, hasta colocarse a su lado.

—Podríamos ir a tomar unas copas donde quisieses, Dedé.

—¡Alto! Sin tomarse familiaridades, amigo. Yo soy una chica decente. Cuidado con confundirse. Una cosa es que acepte una invitación, y otra es que usted se crea otra cosa. En Marsella todo el mundo sabe, que Dedé es una chica decente. ¡Faltaba más…!

—Bien, bien, no se enoje —atajó Burns, cada vez menos dueño de sí mismo.

Acostumbrado a frecuentar refinadas y cultas Evas, sólo encendían su sangre, mujeres plenamente mujeres tal como la que ahora, «recogía velas»…

—No me enojo, Milton. Era para poner las cosas en su sitio.



Pronto se apaciguará, Burns...

—Me agradaría conocer su isla.

—Es preciosa. Muchos pinares, césped blando, caminitos graciosos, playas pequeñas y silenciosas. Yo vivo fuera del poblado.

—Tiene las manos muy finas.

—Es que me las cuido. No cocino ni friego, y si alguna vez lo hago, me pongo guantes de goma. Me cuido.

—Me gustaría acompañarla hasta su casa, Dedé. Prometo ser un caballero sin tacha.

—Usted no es feo, y parece correcto. Además, le advierto que

tengo uñas y muerdo. No intente sobrepasarse cuando vayamos por los caminitos graciosos, porque soy muy arisca… si me tratan mal.

—¿Y si la tratan bien?

—¡Ah, entonces…!

Y sin acabar su frase, ella rió con su especial timbre de voz. Milton Burns tragó saliva…

Ella señaló una escalera en el amplio muelle.

—La lancha aquella es la última. El pasaje cuesta diez francos cada uno.

Entró Burns en la lancha, sentándose junto a Dedé. Se aproximó Bébert Plessis, tendiendo la diestra:

—Diez francos por barba —dijo secamente.

Ella volvió a reír. Le causaba gracia su hermano, haciendo de cobrador en aquella lancha, propiedad de los Plessis.

Entregó Burns veinte francos.

—Vámonos, Bébert —indicó ella—. ¿A qué esperas? Ya no vendrá más pasaje.

Puso en marcha el motor Bébert Plessis. Luego apoyó un bichero en la piedra, para separar la lancha, y se instaló a la palanca.

Dedé seguía junto a Milton Burns…

La lancha abandonaba ya el muelle, penetrando en mar abierta. Una sola linterna iluminaba el casco largo de la rápida embarcación.

Un cielo estrellado endoselaba a modo de techo natural la bóveda sin nubes ni luna. Miríadas de estrellas surcaron en todas direcciones ante los ojos de Milton Burns, estallando como un brusco y repentino fuego de artificio, cuando en su cráneo chocó la llave inglesa manejada por Bébert Plessis:

Dedé anunció:

—Cayó al momento. Y luego dicen que los americanos son fríos. ¡Ah, esos hombres!

—Calla, boba. Ayúdame. Coge la palanca, boba.

Mientras ella obedecía, Bébert maniataba las dos muñecas del desvanecido, doblándole los codos a la espalda. Después unió aquella trabazón con la que apretaba los dos tobillos.

El motor petardeaba, y Dedé gritó:

—¡Sangra mucho, Bébert! A ver si lo has matado.

—A callar, boba. No vas tú a enseñarme a cascarle la cresta a un tipo. No le di a matar.

Regresó a popa, y empuñando la palanca, añadió:

—Moja trapo en el mar, y ponle compresas. Nada mejor para curar que el yodo y la sal.

Arrodillada, Dedé murmuró:

—Es guapo este americano. Me agradaría que tuviese un

motovelero.

La brisa de la noche, y la fortaleza natural de Burns, le habían hecho recuperar el sentido, pero mantenía los ojos cerrados, apoyada su cabeza en la falda de Dedé. Oyó su extraño comentario… Ella continuó:

—Le has hecho un corte feo, Bébert. Jo no te dijo que pegaras fuerte.

—Calla boba.

El motor dejó de petardear, y la lancha se deslizó en su último impulso, inmovilizándose en el embarcadero de la playa de los Plessis.

El hermano mayor aferraba la borda. Milton Burns seguía simulando el desvanecimiento.

—Cayó en seguida —anunció Dedé, levantándose—. Es guapo. Me invitó a dos platos de nata y fresa. Lo hice todo como me dijiste, Jo.

—Bastaba que fueras natural, con tu mezcla de gazmoñería y descaro. ¿Puedes cargar con el americano, Bébert?

—Pesa. Ayúdame, Jo.

Entre los dos hermanos, Milton Burns pasó a la playa. Por los sobacos le llevaba Jojó Plessis.

—Sangra, pero no está más que atontado.

—En el granero le pondremos alcohol y esparadrapo. ¿Lo has registrado, Bébert?

—Todavía no.

Fué convenciéndose Burns de que había sido objeto del atraco muy marsellés llamado «gato», porque empleaban como cebo lo que en el hampa marsellesa se llamaba un «ratón»: una hermosa mujer.

Poco después notaba en sus espaldas la dureza del suelo. Parpadeó, fingiendo volver en sí. Estaba en un granero, de pequeñas ventanas defendidas por barrotes de hierro. Había poco mobiliario, y parecía el taller de un pintor.

Numerosos cuadros se alineaban por los tabiques, vueltos de cara. Arrodillado a su lado, Bébert le estaba aplicando alcohol en la herida, mientras su hermano esperaba con un rollo de esparadrapo y unas tijeras.

Dedé, sentada en un rincón sobre un taburete, sonrió al ver la mirada de Burns.

—Lo siento, Milton. Eres guapo, y yo…

—A callar, boba —atajó Bébert levantándose, y empujando a Burns contra el tabique, hasta sentarlo.

Lo fué registrando concienzudamente, mientras Jojó Plessis aplicaba dos tiras de esparadrapo en cruz sobre la herida.

—Aquí está todo lo que lleva encima —anunció Bébert.

Su hermano miró el llavero, examinando con atención las llaves. Después hojeó el pasaporte, licencia de conductor, carnet de agente de negocios, cédula de agente de seguros y la libreta de cheques.

Por último hojeó una agenda, leyendo en voz alta en una de las páginas las diversas direcciones bancarias.

—…Credit Lyonnais, de París; Berna National… Ah, ah… También tenemos cuenta en el Colonial, de Amberes. Bien, esta misma noche me cambiarán la foto de pasaporte y carnets. No te apures, Burns, que te devolveré todo en orden. No imitaré tu firma, porque no sé. Iré tan sólo a echar un vistazo a tu caja privada del Banco belga. Después, tan amigos. Cuando hayamos cobrado de la yanqui, te dejaremos libre. Y lo mejor será que no nos busques las cosquillas. Ahora, a ser buen chico. Estarás aquí, bien cuidado. Bébert te traerá comida y bebida. ¡Ah, y tú, Dedé, no subas aquí para nada!

—Ya me cuidaré yo de que no suba —declaró, hoscamente, Bébert.

—Ni falta que hace. El americano es guapo, pero vosotros sois mis hermanos, y siempre os he obedecido, ¿no?

Se fueron los tres, cerrando la puerta. Milton Burns quedaba atado por las muñecas y tobillos a una barra de hierro de la pared. Crispó los puños.

Volvería a verse con Myriam Vandorf…

***

Jojó Plessis vistiendo sobriamente de traje gris, depositó con gesto indolente, el pasaporte y el carnet de agente de negocios de Milton Burns.

El cajero del «Colonial Bank», de Amberes, examinó la foto, y preguntó:

—¿Desea retirar fondos, Mr. Burns?

—No. Simplemente colocar unos documentos en mi caja privada.

El cajero llamó a un ordenanza, que acompañó a Jojó Plessis al sótano, donde se detuvo ante una hilera de cajas pequeñas.

Plessis introdujo la llave marcada con un número, el dieciséis, en la cerradura especial de la caja dieciséis. Abrió. Había dos estuches y una cartera de documentos.

Recogió las tres cosas, colocando los dos estuches en sus bolsillos, y la cartera bajo el brazo.

En el tren de regreso a París, en su litera, Jojó Plessis abrió los dos estuches. Contenían brazaletes de oro macizo… Silbó con alegría. Y entonces se dedicó a examinar el interior de la cartera,

hasta que encontró un sobre lacrado en cuyo anverso decía:

«Para entregar caso de muerte, al F. B. I., de Miami (Florida) U. S. A.»

Rasgó Jojó el sobre, y empezó a leer, con progresivo asombro, lo que había escrito Milton Burns. Al terminar silbó… pero con la mayor perplejidad retratada en el rostro. Creía se trataba de un chantaje del tipo de amores escandalosos, pero descubría qué era muy distinto el «secreto» de Myriam Vandorf.

¡Valía sobradamente los doscientos mil dólares!

Al abandonar el expreso belga, Joseph Plessis compró en la librería de la estación, un buen pergamino y una barrita de lacre.

Y volvió a sellar en el nuevo sobre la declaración escrita por Milton Burns, anotando en el anverso, con letras mayúsculas, las mismas palabras del sobre roto y quemado.

En París tomó el tren Azul, y cuando rebosaba satisfacción penetró en el chalet de la isla Menfiche.

Dedé le besó en ambas mejillas, manifestando:

—No he ido una sola vez arriba, Jo. Yo soy obediente.

—Así me gusta. Hola, Bébert. ¿Dió trabajo el americano?

—En absoluto. Bebe, come y calla.

—Vete a buscar a Nib.

Joseph Plessis subió al granero. Milton Burns estaba atado en forma distinta. Podía tender ante sí las piernas, y tenía las manos libres, pero los codos fuertemente atados, tras las espaldas.

Joseph Plessis, sin decir nada, fué rellenando los bolsillos con los objetos pertenecientes a Burns.

—El cambio de fotografías se ha hecho pulcramente. Bien, vamos a hablar, Burns, de hombre a hombre. A mí me importa muy poco que matases a Giano Gruber, en complicidad con la Vandorf, y que te dispongas a hacer lo mismo con Roger Vanel. Éste no se casará con la Vandorf, porque quiere mucho a su novia Mireya. Yo y mis hermanos nos iremos lejos. No nos busques las cosquillas, o te pesaría. Tu chivatazo *post-mortem*, se lo venderé a la Vandorf, y después, allá vosotros dos. Creo que todo está lo suficientemente claro, ¿no?

—Perfectamente Claro, Jo. El negocio es el negocio.

—Con una diferencia. Yo no mato, si no me obligan a ello.

—¿Puedes ya soltarme?

—Todavía no. Lo haré cuando quede lista la operación con la Vandorf. Un par de días, a lo más.

Dos horas después, llegaba Marc Vanel, y el mayor de los Plessis se golpeó el bolsillo de la sahariana.

—Aquí tengo la mercancía. Dile a la americana que mañana, a las nueve, esté en el «Pétanque».

—Pueden verte con ella. Ya sabes que la policía…

—No me importa que acuda con doscientos policías. Sé lo que me traigo entre manos, Nib.

A la mañana siguiente a las nueve, Myriam Vandorf, en compañía de Marc Vanel, miró con curiosidad a Joseph Plessis, que ceremoniosamente, tras tocarse el borde del ala del jipijapa, se sentó.

—Iré directamente al negocio, señora, al estilo yanqui. Tengo el documento por el que ofrece cincuenta mil, que supongo trae consigo.

—Sí.

—No me agradaría, que después vinieran a preguntarme de dónde saqué el dinero.

—Es natural —aprobó Marc Vanel—. Es natural. La policía es muy preguntona.

—Usted, señora, ante notario, esta misma mañana, firmará la escritura provisional de compra do mi chalet, terreno adyacente, mobiliario, y lancha, cuyas llaves le entregaré, puesto que mis hermanos lo han desocupado ya. Pensamos ir a Madagascar, deteniéndonos primero en el Senegal, para comprar un buen motovelero.

—Muy bien pensado. Una compra en todo orden —comentó Marc Vanel.

—Pero… su propiedad, señor… y mi documento… todo por cincuenta mil…

—Hablemos claro, señora. Nib, aquí presente, me habló de algo que parecía ser pecadillos de nena aristócrata, y de ser así, cincuenta mil quedaba bien pagado. Pero hubo engaño. Y usted lo sabe. Yo también, pero soy una tumba. Usted quedará en poder de mi chalet y su documento, cuando ante notario declare y firme que me compra el chalet y veintidós cuadros al óleo, por la irrisoria suma de doscientos mil dólares para mí, y veinte mil para Nib como agente intermediario.

—¡Jo! —gruñó con la frente baja, crispando los puños, Marc Vanel—. Yo di la cara, ella quedó en pagar cincuenta, tú aceptaste, y ahora estás jugando sucio. ¡Te voy a romper la crisma!…

Myriam Vandorf puso su mano sobre los hombros de Vanel, diciendo apresuradamente:

—Nada de violencias, Marc. El señor tiene razón… Mi secreto vale doscientos veinte mil.

—Así se habla —aprobó Plessis—. Y es una buena operación, señora, si se tiene en cuenta que apenas firme ante notario, le entregaré las llaves con derecho a todo lo que contiene el chalet. Aparte veintidós cuadros que son obras maestras… en el granero,

hay un modelo de cerdo precioso. Un cerdo rubio… y en fin, ya sabemos el refrán: muerto el perro, muerta la rabia.

Palideció Myriam Vandorf. Había comprendido la alusión a Milton Burns. No así Marc Vanel, que farfulló:

—No acabo de ver claro, Jo.

—Tampoco te hace falta. Ganas veinte mil muy legalmente. Cuando quiera, señora, vamos al notario que tiene mi escritura de propiedad del chalet. Aquí llevo una lista nominal y numerada de mis veintidós cuadros…

—Pero, ¡si pintas como si le ataran a un asno un pincel a la cola! —exclamó, sinceramente extrañado, Vanel.

—Eres un profano, Nib. La señora ha visto mis cuadros, y los considera dignos de un museo. ¿Vamos al notario, señora? Tú sobras ahora, Nib. Al mediodía, aquí.

En la calle, ella murmuró:

—Usted ha leído falsedades, señor.

—Es posible. Y las he olvidado. De eso puede estar segura. No sé si fué usted quien engañó a Burns o él a usted. Me inclino por creer esto último, y por eso, soy benévolo. Hablemos de mis cuadros…

Acababa de interponerse un individuo ante ellos dos. El comisario Mars, saludó, quitándose el sombrero.

—Buenos días, señora Vandorf. Ignoraba que conociera a mi muy conocido Jo Plessis.

—Mis cuadros, comisario, han encontrado ya un fino espíritu. La señora quería comprar un chalet bien situado y aislado del ruido mundanal. Vino a mi chalet. Le gustó, y se entusiasmó con mis cuadros. Vamos ahora al notario a formalizar la escritura.

—Tu chalet y todo lo demás, bien pagado apenas vale doscientos mil francos. Al cambio, diez mil dólares, señora.

—Para un espíritu materialista como usted, sin ofender, comisario, tal vez. Pero yo estaba encariñado con aquel rincón, y no lo hubiese vendido ni por un millón de francos. Ahora bien, el dólar es el dólar, y los argumentos de la señora me convencieron. Veintidós cuadros maravillosos, comisario.

—Puede ser —concedió el policía. Pensaba en los caprichosos americanos que habían enriquecido a pintores, cuyos cuadros, para él, eran espantosos engendros incomprensibles. Se despidió.

También el notario pensó lo mismo, y mientras se iban verificando las escrituras, un pasante fué a hacer efectivos cheques internacionales, por valor de doscientos veinte mil dólares.

A las doce y cinco minutos, en la calle, Jo Plessis entregaba el sobre lacrado.

—Puede comprobar el contenido, señora. ¿Tiene prisa por irse? Examine el plano de su propiedad. Por la noche, nadie la verá

cuando usted visite el granero para extasiarse ante mis cuadros. Señora, ha sido un gran honor el conocerla… Y una sola advertencia: Olvídese de Roger Vanel. Juega muy bien al fútbol, y si le atropellaran, incumpliría mi contrato. Adiós.

En el «Pétanque», Bébert Plessis, en compañía de Dedé y Marc Vanel, esperaban con impaciencia que hablase el recién llegado.

—Tenía sed. Allí en el notario no había más que repugnante agua. Todo sobre ruedas. En este sobre, tus veinte mil como intermediario, Nib. Si te aburres, puedes asociarte con nosotros, que vamos al Senegal a comprar un motovelero.

Marc Vanel miró a Dedé, suspiró, y dijo:

—Voy con vosotros. Guarda los veinte mil. Entre hombres, hay confianza. Pero, ahora necesito saber por qué si pediste cincuenta, luego…

—Si te ofrecen calcetines no aceptas calzoncillos, ¿verdad? Ella te dijo que eran cartitas volcánicas que la desacreditarían en la sociedad. ¡Narices! Se trataba de que la buena señora despachó a un inocente, y Burns que la ayudó, se quería guardar las espaldas. Ella lo despachó moralmente, y Burns materialmente. Pero yo no soy de la policía, ¿no? Yo he vendido la casa de los Plessis y mis cuadros. Y ahora mismo cogemos el barco italiano.

—¿Ahora, precisamente ahora? —inquirió, extrañado, Marc Vanel.

—Atiende, Nib. Yo soy el capitán de ahora en adelante. ¿Has oído hablar de forenses? Son tipos que determinan la hora en que muere violentamente alguien. Supón que esta noche muere alguien de puñalada, tiro o lo que sea. Si nosotros estamos navegando desde ahora, mal podremos ser nosotros los autores de tal muerte. A bordo te explicaré. Cogeremos el italiano, y luego el brasileño, cambiando en Tánger. Y después, a envejecer honestamente. Cuenta con mi paternal bendición si Dedé te acepta por marido.

A las doce y cuarto, Roger Vanel, el futbolista, recibía una llamada telefónica. Escuchó intrigado el breve mensaje:

—Huye como la peste de la americana Vandorf. Morirías si te casaras con ella.

—¿Quién habla?

—Un «hincha» —y colgaron.

Satisfecho, Joseph Plessis fué a reunirse con sus hermanos y su futuro cuñado, a bordo del barco italiano que tocaba ya el tercer sirenazo.

Para siempre jamás, Jo Plessis afirmaría muy convencido que fueron sus veintidós cuadros el origen de la fortuna de los Plessis y de su cuñado Marc, «Nibdetif», el intermediario…

CAPÍTULO VIII
DONDE NO LLEGA EL BRAZO DE LA LEY

Milton Burns sentía hambre y sed. Desde temprana hora por la mañana, estaba a solas, atado, en el granero. Era ya de noche, y pese a haber llamado repetidamente, taconeando el suelo, nadie había acudido.

Oyó pasos subiendo las escaleras. Un taconeo, posiblemente Dedé. Era curioso que pese a ser ella el cebo que le había hecho caer en aquella trampa, seguía sintiendo un imperioso deseo hacia la agridulce marsellesa.

Se abrió la puerta, y encendió la luz una mano femenina. Milton Burns, atado contra la pared, sentado, arqueó las cejas, sorprendido.

Myriam Vandorf miró en derredor, hasta encontrar un taburete plegable que atrajo para sentarse, frente al maniatado Burns.

—Buenas noches, Myriam.

—Puedes envanecerte de haber conseguido de mí lo que ningún hombre logró jamás. ¡Hacer que piense constantemente en ti!

—Has sido desleal, Myriam, y estuviste a punto de comprometer el resultado de nuestro segundo negocio.

—Roger Vanel adora a su novia, y me considera una yanqui bonita sin más. He venido a leerte una carta muy interesante, Milton Burns. Una carta maligna, embustera, más propia de una mujer que de un hombre. Una carta que con tu vida, constituyen los dos únicos puntos de relación con lo sucedido en Miami, y la pesadilla en que luego convertiste mi vida.

Extrajo ella del bolso el documento rescatado por Jo Plessis.

—No es preciso que la leas, Myriam. Comprenderás que, puesto que yo la escribí, conozco bien su contenido.

—Tu cinismo… ahora, no me hace mella.

—Cuídate, Myriam. Tienes la mirada extraviada. Tal vez convendría que te sometieras a un tratamiento en manos de un reputado neurólogo. Yo puedo recomendarte uno.

—Después, cuando termine contigo. Ahora, disponemos de la noche entera. Esta casa es mía, con aquellos cuadros, la lancha y cuanto hay en sus límites. Escucha, Milton.

Y empezó a leer:

> «Si antes de terminar este año, muero de forma poco natural, acuso a Myriam Vandorf, y expongo los motivos

por los que ella me ha suprimido. Hay testigos molestos.

»En Miami, conocí por vez primera a Myriam Vandorf, cuando entrando en una de las casetas de la playa oriental, volvió a salir transformada en una mujer ampulosa, de cabello caoba, y cambiado su rostro gracias a un experto maquillaje. La seguí, viéndola entrar en la joyería Simpson. Por la tarde, efectuó una visita al doctor Brooks, saliendo al poco rato hacia el campo de carreras de Hialeah, donde pignoró parte del fruto de su ingenioso timo, regresando a la caseta de la playa, donde volvió a convertirse en Myriam Vandorf.

»Siendo como fui, un artífice del vivir a costa de los incautos, sentí admiración hacia el sistema de Myriam Vandorf, y así se lo manifesté, tomando el mismo avión que ella, hacia Suiza.

»Nunca he reconocido maestros, pero debo admitir que Myriam tiene un talento excepcional. Me sugirió que consiguiera que el jugador de fútbol, Giano Gruber, se asegurara por una fuerte suma. Ella lo enamoró, casándose con él. Cuando ella me lo indicó, yo atropellé a Giano Gruber…»

Se detuvo Myriam Vandorf, que temblaba convulsivamente, próxima a un ataque de nervios. Trató de dominarse, para proseguir:

«Fueron cuatrocientos mil dólares, la mitad de los cuales, hubiesen bastado para que ella volviera a Nueva York. Pero es ambiciosa. Estimó que en la Costa Azul podía proporcionarle otro candidato a viudo, elegido entre los futbolistas, los cuales ahora, con este seguro, son joyas de tobillos de oro muy codiciables para una mujer sin escrúpulos.

»Conozco la psicología de Myriam Vandorf. No se detendrá ante nada, con tal de no dejar de ser la aristócrata Vandorf. Yo soy su único testigo molesto, y aunque sé velar por mis intereses, es posible que ella encuentre el medio de eliminar un testigo molesto de su carrera criminal que empezó con un timo ingenioso en Miami.

»Deseo pues, que al menos, mi muerte no quede impune.»

Milton Burns.»

Myriam Vandorf encendió con manos torpes un cigarrillo. Milton Burns rogó:

—Podrías darme un pitillo, Myriam. Llevo dos días sin fumar.

Myriam Vandorf rió suavemente, inclinándose. Se quitó de los labios el cigarrillo, ofreciéndoselo. Cuando Burns iba a cerrar ávidamente sus labios en rededor de la boquilla carminada, ella dió vuelta al cigarrillo…

Emitió Burns un agudo chillido. El punto rojo había abrasado la sensible comisura de sus labios. El olor a carne quemada dominó unos instantes en el ambiente, mientras ella volvía a colocarse el cigarrillo en la boca, aspirando con deleite.

Burns mantenía los ojos cerrados, y su frente, brilló humedecida con sudores fríos.

—Valiéndote de mi temor a ir a la cárcel, cometiste conmigo la vileza de hacerme la inconsciente cómplice del crimen más abyecto. Pero ahora nadie me creería. Sólo tú y yo sabemos que fui tu juguete. Me casé con el pobre Giano, creyendo que tu ingenio hallaría un medio para librarme de él. Te obedecía, sin saber que eras un cobarde criminal. No contento con explotar mi miedo, has escrito esta pérfida acusación.

—Como has quemado mis labios —dijo dificultosamente Burns, siempre con los ojos cerrados—, puedes ahora quemar la carta.

—Pero tu mano escribiría otra. Vas a morir… ¡Oh, sí, también accidentalmente, querido!… Como Giano… Tú me enseñaste el medio. Te voy a explicar el medio. Soy mejor que tú, que nada me dijiste hasta atropellar a Giano.

—Te cogerán, Myriam. No seas necia. Estás sobreexcitada…

—Calla.

Sólo una palabra, pero aproximando la punta encendida del cigarrillo, y Milton Burns se adhirió contra la pared, tratando de alejar su piel de la brasa diminuta…

—Ahora yo soy quien dispone de ti, Burns. Irás a la lancha, atado. Te arrastraré hasta ella. La noche es propicia a un paseo romántico. Pero tú llevarás una piedra al cuello y otra en los tobillos, y cuando yo abra una vía de agua en la lancha, tú te irás al fondo y yo volveré a nado. ¿Qué te parece, Milton Burns? Acepto sugerencias. ¿Hay algún fallo?

—Si desaparezco, el que ahora es nuestro jefe, sabrá relacionar mi desaparición contigo.

—Nada me importa. Sólo verte agonizar es lo que me obsesiona.

—Puedo… escribir una declaración de la verdad, Myriam. Confesaré que nada supiste de la muerte de Giano, y que yo te obligaba…

—Es tarde ya. Y de todos modos, lo que quiero evitar es vestir el

uniforme gris de las presidiarías. Eres testigo molesto, y tú mismo lo has reconocido en esta carta. Comprenderás que la aristocrática Myriam no puede ir a la cárcel, y ser marcada con el infame sello de timadora de joyas, y asesina de tobillos de oro.

Volvió a chillar Burns, porque contra su boca volvía a aplastarse la colilla. Myriam Vandorf removió hasta apagar…

Se puso en pie, contemplando al hombre que se había desvanecido bajo el feroz sufrimiento.

Nada había en Myriam Vandorf de la refinada y culta dama de la buena sociedad neoyorkina, mientras, inclinada sobre el yacente, pasaba bajo sus sobacos una gruesa soga, haciéndole lazo tras el cuello…

Se irguió dilatados los ojos, trémula, porque a su espalda una voz amable, casi apenada, decía:

—Milton Burns pertenece a la Ley, Myriam.

Revolvióse ella, crispadas las facciones, para enfrentarse con Tony Jackson, el cual prestamente le arrebató el bolso que ella se disponía a abrir. La mantuvo unos instantes contra sí, para apaciguarla.

—Ahora es tarde ya, Myriam, para pedirme ayuda. Evitaré que cometas un crimen, porque matar a quien sea, a sangre fría, es usurpar el privilegio del tribunal humano.

La sorpresa de la aparición de Jackson, agotó los nervios de Myriam, que desmadejada, se desplomó en un sillón.

Jackson quitó del bolso la pistola y la carta escrita por Burns.

—Tu primer error fué querer vivir contra el código moral, Myriam. Pero cuando Burns descubrió tu paso en falso, debiste acudir a la justicia. Tu egoísmo va a tener su castigo.

—¡Yo… para nada… intervine en la muerte de Giano!

—Es posible. Pero te hiciste cómplice, al callar.

—No me hubiesen creído…

—Si te hubieras entregado, te hubieran creído. Ahora será más difícil, aunque trataré de declarar en tu favor. Sé que fué Burns que te envolvió en una red criminosa. Os he oído, y declararé en tu favor, pero responderás de tu acción ilegal en Miami, y de tu silencio después de la muerte de Gruber. Una condena breve, Myriam… y después, olvidarás. Podrás abrirte camino honradamente. Pero ahora, declararás lo que se proponía Burns.

—Quería que yo intimase con Roger Vanel. Me dijo que tenía un jefe interesado en espionaje comercial. Roger Vanel sirve en el Estado Mayor.

—¿Quién es este jefe?

—No, lo sé. Lo juro… No lo sé… ¡Déjeme! Estoy rendida.

—Tienes que acompañarme, Myriam. Yo te seguí hasta aquí,

porque tenía la convicción de que en tu desesperado estado de ánimo, preparabas algo que te convertiría irremediablemente en fuera de la Ley. Hubieras encontrado alivio, entregándote desde que apareció Burns, a la benevolencia de la justicia.

—¡Cuidado! —gritó ella, señalando a espaldas de Jackson.

Pero Jackson creyó en un ardid destinado a distraerle. No miró hacia atrás, y no vió a los dos individuos, que, sigilosamente, se abalanzaron encima de él, inmovilizándole rápidamente con diestros y extraños movimientos.

Uno colocaba alrededor de su cintura, una ancha correa con dos anillas, que, a la espalda, inmovilizaron sus brazos, mientras el otro, encerraba su cabeza en un lienzo en forma de saco.

Perdió el sentido, porque el interior del lienzo contenía un apósito de éter.

Myriam Vandorf se desmayó, rotos los nervios, cuando oyó decir a uno de los dos:

—El jefe vela por ti, Milton Burns.

***

Tony Jackson estaba blandamente recostado en un lecho. Miró a la habitación. Blanca, pulcra, con vistas a un jardín polícromo.

Un individuo con bata blanca, cerrada por detrás, examinaba al pie de la cama, un marco colgante, en el que había una hoja clínica de temperatura y anotaciones medicales.

Tony Jackson examinó sus piernas enfundadas en blanco pijama. Los tobillos estaban aprisionados en dos cercos de cuero suave, porque el interior era acolchado.

Y sus dos muñecas sentían el mismo roce suave, pero firme, aprisionadas en los barrotes de la cabecera.

Trató de recordar, pero tenía aún la mente confusa, resto de los vapores del éter.

El individuo dejó de leer la hoja clínica, y acercándose a Jackson sacudió un termómetro, colocándoselo después en la boca, y cogiéndole el pulso.

Al cabo de un minuto retiró el termómetro, leyó la columnilla de mercurio, e inscribió algo en la hoja clínica.

Jackson estalló:

—¡Oiga, amigo! ¿Dónde estoy? ¿Quién es usted? Me atacaron por la espalda, y… siento mareos.

—Ahora vendrá el director —dijo, secamente el, enfermero.

—¿Director? ¿Qué pesada broma es ésta? Ni estoy enfermo, ni necesito estar amarrado como un demente furioso… Suélteme estas amarras, y déjeme telefonear.

El enfermero abandonó la habitación en silencio. Tony Jackson se arqueó, tratando inútilmente de liberarse. Sólo consiguió aumentar el mareo, de debilidad que sentía.

Resoplando, volvió a quedarse quieto. La puerta se abrió y otro individuo vestido de blanco, penetró saludando:

—Buenos días, señor Jackson. Vamos a ver que tal sigue.

Era alto, distinguido, y tan pulcro como la sala.

—¡Hay error! Yo… no estoy enfermo. ¿Quién me ha traído aquí?

—Ingresó usted esta madrugada, a las dos y siete minutos. Le envié a buscar con dos enfermeros, a requerimientos de la señora Vandorf. No se excite ni se inquiete, Jackson. Aquí se repondrá.

—Un momento, doctor, un momento… ¿Usted cómo se llama?

—Tydal, Augustus.

—Doctor Tydal: ¿de qué enfermedad me está usted atendiendo?

—Esta clínica es principalmente sanatorio de desarreglos nerviosos. Sufrió usted anoche un ataque parafrénico…

—Le han engañado, doctor.

—¿Usted cree? —sonrió Tydal.

Y aquella sonrisa especial, inquietó a Jackson.

—No estoy loco, doctor.

—Ni yo lo pretendo, Jackson… pero he de cuidarle con esmero; sí, con mucha atención.

—Si ha prestado usted crédito a Myriam Vandorf, incurrirá en responsabilidad criminal, doctor. Soy agente del «Federal Bureau» americano.

—Precisamente por eso, tengo que atenderle con esmero. No se excite, Jackson. Esta cama y las cuatro manijas están construidas a prueba de los vigorosos ataques demenciales de mis enfermos. Hasta hoy, pocos clientes he tenido, y la mayor parte han salido de aquí, curados. Usted… saldrá peor, Jackson.

Tony Jackson se estremeció ante la frialdad con que hablaba el doctor Tydal, que prosiguió:

—Usted seguía los pasos de Myriam Vandorf, y yo hice que dos hombres de confianza le siguieran. Oyeron como Myriam le confesaba que Burns tenía un jefe…!

—¡Usted es el que …!

—Aquiétese, Jackson. Su temperatura es normal hasta ahora.

—¿Qué va hacer conmigo?

—Los métodos modernos del tratamiento de las distintas derivaciones del desarreglo nervioso, tienen por base el «electro-shock», que en su caso, complementado con la inyección progresiva de «amphetamina», me temo le convertirán en un demente incurable. Yo actúo a petición de la señora Myriam Vandorf. Aquí en la Costa Azul son frecuentes estos casos. Abusos del placer del

juego, la bebida, no dormir lo suficiente, entregarse a un exceso de natación…

—Canalla… —escupió Jackson.

—Pronto volveré, Jackson.

Tydal abandonó la habitación, y Tony Jackson, ladeando la cabeza, sintióse por vez primera en su vida, al borde del pánico más profundo.

El doctor Augustus Tydal pasó a una sala vecina. Un lecho idéntico al ocupado por Jackson, y en su misma postura inerme, se hallaba Milton Burns que miró con expresión de terror a Tydal.

—Buenos días, Burns. Vamos a ver qué tal sigue.

—¡Tydal! ¿Por qué me tiene así?

—Le curé la boca, pero ahora hemos de atender a su estado mental, que deja mucho que desear. Desapareció usted por unos días, sin darme noticias de su paradero. Le confieso que me tuvo inquieto. Creo recordar, Burns, que le advertí tenía gran interés en el buen éxito de la operación Roger Vanel, y he estado al borde del más estrepitoso fracaso, por confiar en sus dotes persuasivas acerca de la señora Myriam Vandorf.

—La mataré, doctor.

—Infortunadamente, la desgraciada señora Vandorf está en la contigua sala, sumida en delirios identificables como esquizofrenia aguda. Por lo visto llevaba cierto tiempo a presión, y esta noche, la latente crisis hizo estallido. Me temo que todos los recursos de la ciencia serán inútiles para devolver la razón a la señora Vandorf.

—Ya dije que empezaba a estar loca…

—Sí, así era, ¿por qué no me lo advirtió, Burns?

—Lo supe anoche.

—Debió saberlo antes. No me gusta arriesgar mis intereses, confiándolos a un estúpido engreído como usted, y a una demente como Myriam Vandorf.

—Todo… se ha solucionado, Tydal. ¿Por qué he de permanecer así?

—Su cerebro de magnífica calidad, ha fallado, Burns. He de intentar restablecer el equilibrio armónico. Ahora le inyectaré un calmante, como precaución primera antes de proceder a operarle. Una operación difícil, lo reconozco, y no me atrevería a ello, si usted no me hubiese autorizado.

—¡Yo no quiero que…! ¡Yo no firmé nada!

—Otro error, y afortunadamente será el último, Burns. Usted, cuando nos conocimos, decidió firmar cierto documento…

—Era para cubrir las apariencias, Tydal. Era para que si nos vieran juntos, lo atribuyeran a relación de cliente a doctor.

—Una de las cláusulas, admitía que si yo lo considerase

necesario, podría operar. Y ha llegado el momento.

—Pero, ¡aquello fue simplemente una firma para dar aspecto de formalidad a nuestra relación!

—Esto fué lo que acordamos. Pero ahora su firma, me exime de responsabilidad, si fracasa mi intervención cerebral. Una pequeña trepanación, en barrena exploratoria…

Aulló Burns, mientras con diestra rapidez, Tydal hincaba en su brazo una larga aguja hipodérmica.

—Pronto se apaciguará, Burns. Un sueño lento, agradable… Le silban los oídos, y su cuerpo parece ingrávido… Se remonta usted a las benéficas regiones del nirvana…

Burns, lívido, había cesado de agitarse espasmódicamente. La puerta se abrió, apareciendo un enfermero.

—Preparado para el quirófano —anunció el doctor Tydal.

Pasó a la sala contigua, donde Myriam Vandorf, acurrucada en un rincón, unidas las manos tras de la espalda con el cinturón de fuerza, miró huraña al entrar Tydal.

—Buenos días, señora Vandorf.

Ella se puso en pie, sonriendo.

—No soy la señora Vandorf, sino la viuda de Gruber, señor. ¿No sabe usted quién soy? Soy la viuda de Gruber. ¿Usted, quién es?

—El doctor Tydal, Augustus Tydal.

—Deberían desatarme, doctor. Tengo que llevar un uniforme gris, y quiero volver a teñirme el cabello color caoba, porque tengo que visitar al joyero Simpson para devolverle cuatro diamantes… y también visitar al doctor Brooks, una excelente persona, que seguramente deseará oír mis explicaciones.

—Todo se hará, señora. Ahora, procure dormir, porque ingresó usted esta madrugada, y no ha conciliado el sueño.

Myriam Vandorf rió con muecas que la desfiguraban:

—Ya no puedo dormir, doctor. Nunca más dormiré.

Se abalanzó de pronto, pretendiendo morder. Augustus Tydal dió un paso de costado, y pasando tras ella, asió un saliente del cinto. Llamó:

—¡Enfermero!

Entró un individuo.

—Cuídese de la señora. Adminístrele un calmante, y que duerma. Su caso es incurable.

Se dirigió Tydal al quirófano. Al interior estaba Milton Burns, tendido sobre la mesa operatoria.

Ante la puerta, alguien interceptaba el paso al doctor Tydal. Un individuo amable, que suavemente inquirió:

—¿Va usted a operar, doctor?

—En efecto. Un caso urgente. ¿En qué puedo servirle?

—En mucho, doctor. También es urgente mi caso.

—Por favor, pase a mi sala de consultas. Le atenderé inmediatamente. Es cuestión de unos minutos.

Miró el comisario Aquiles Mars su reloj, comentando:

—Ya conoce el prosaico lema que aconseja no dejar para luego, lo que podemos hacer ahora mismo. Creo, que usted sabe quién soy.

—Me parece que es usted el comisario Mars.

—El mismo. ¿Vamos a su despacho, doctor?

—Insisto en que ahora tengo…

El amable Mars se convirtió en grosero:

—¡Andando, Tydal! Y atención con los juegos de manos, que me los conozco todos.

—Tendrá usted que responder de los perjuicios que pueda ocasionarle a mi cliente la demora en operarle.

—Respondo de todo, «bebé» —afirmó Mars, empleando su estilo habitual en conversaciones con el hampa.

Dió un empujón al americano, añadiendo:

—Tus dos enfermeros principales están ya con las manillas puestas. Los demás, vigilados, aunque es seguro que ignoraban el pelaje tuyo. ¡Vamos, andando, «bebé»!

Un último empujón arrojó casi de bruces a Tydal en el diván de su confortable despacho. En una esquina, dos policías custodiaban a los esposados enfermeros que la noche anterior habían aprisionado a Tony Jackson.

—Por partes, «bebé». ¿Cómo se llama el que ibas a operar?

—Milton Burns. Tengo su hoja firmada…

Aquiles Mars aplicó dos reveses rápidos en la cara del americano, que se encogió, en su diván, lívido el rostro, centelleantes los ojos.

—Tydal, habla con prudencia porque lamentaría tener que operarte en seco. Tu clínica está vigilada hace ya más de un mes desde que empecé a sospechar que si bien eras doctor, también te interesabas demasiado por los que frecuentaban la Comandancia de Estado Mayor. El hombre que tengo de plantón, me telefoneó las novedades de esta noche. Una ambulancia descargó a tres enfermos. Mi «plantón» reconoció a uno de ellos, a Tony Jackson, un muchacho atrevido, que ni es chicha ni es limonada. Es como tú, sólo que en bien. Tú eres doctor por estudios, y espía por afición y negocio. Él es novelista por afición, agente de seguros por profesión, y agregado al F. B. I. por capricho. Demasiados cargos. ¡Vamos, Tydal! Explica esta ola de locura nocturna.

—La señora Vandorf y su secretario sufrieron…

Otro par de reveses sacudió la cabeza del doctor Tydal. Aquiles Mars le colocó las esposas.

—Adelante —dijo a los dos policías—. Llevaos a este trío. En comisaría que hablen los tres, por turno.

Aquiles Mars fué abriendo las cuatro manijas, donde encontró a Tony Jackson casi al borde del ataque de locura, bramando y echando saliva, contorsionándose en la cama.

El americano interrumpió sus maldiciones, y exclamó furioso:

—¡Yo quiero que…! —y al reconocer al visitante, gritó, enajenado de alegría—: ¡Cielo santo! ¡Mi buen Mars! ¡Pronto, quíteme estas amarras antes de que me tengan que atender de veras!

Aquiles Mars se encaminó hacia la sala siete. Tenía una luz irónica en sus claros ojos.

—Parece que le ha divertido verme así, comisario. Pero no importa. Yo le agradezco su oportuna aparición. Estará ya a salvo Myriam…

—No me ha divertido verle así, Jackson. Lo que pasa es que su trabajo ha sido de aficionado. No se pueden acaparar trabajos. Hay que dedicarse por entero a uno solo. Yo soy policía, y como tal actúo.

—¿Myriam?

—Donde no llega el brazo de la Ley, la conciencia castiga. Lamento informarle de que Myriam Vandorf, por un proceso natural de íntimos remordimientos, ha sucumbido a una locura real, en la que no ha tenido la menor parte el doctor Tydal.

—¿Burns?

—Habla sin cesar. Todo su deseo es verse lejos del bisturí de Tydal, pero en su excitación cuanto dice le lleva a la silla eléctrica. Se lo remitiré certificado, para que lo lleve a los Estados Unidos.

Jackson relató lo sucedido por la noche, y cuanto le había expuesto Augustus Tydal.

—Podrá con todo ello escribir una novela pasable —comentó Mars—. El único inconveniente es que lo atribuirán a imaginación. Por eso, los policías no escribimos novelas. Cuando lo intentamos, los editores nos las devuelven diciendo que resulta increíble y poco lógico.

Fuera de la clínica, el comisario Mars especificó:

—Myriam Vandorf hubiera debido confiarse a la policía. Y usted, Jackson, acepte una sugerencia. Dedíquese de pleno a una sola cosa: no malogre su talento, dispersándolo en actividades incompatibles. Sea novelista, agente de seguros o agregado al F. B. I., pero no abarque demasiado, o le apretarán el cuello en la próxima.

—Un punto quedó sin aclarar. ¿Cómo consiguió Myriam la carta escrita por Burns?

—Secreto del sumario —sonrió Mars, despidiéndose.

***

Siete días después, los hermanos Plessis se hallaban en Dakar, contemplando con arrobo el ¿asco de la goleta a motor, que varios pintores estaban recubriendo de rojo minio. Habían abandonado el proyecto de establecerse en Madagascar.

Dedé Plessis y Marc Vanel encontraban muy cómodo el camarote… Joseph Plessis se rascó la nariz, mientras su hermano Bébert se mordía los labios. En el muelle, ante ellos, obscureciendo el espléndido y soleado día, nublando la visión de la goleta, hallaba Aquiles Mars, vestido de dril blanco.

—Hola, «bebés».

—Buenos días, señor comisario. ¿Cómo usted por aquí? —inquirió, amablemente, Joseph Plessis.

—Mi mes de vacaciones. Cuanto hablemos será privado… a menos de que os sintáis tunantes, y tratéis de tomarme la cabellera, en cuyo caso pediría a Marsella un mandato de arresto.

—¡Qué cosas tiene usted, comisario Mars! Vamos, hombre… ¿Cómo iba yo a pretender tomarle el pelo a «Belami»?

—Sí, soy «Belami» según cuando. Por ejemplo, el ver libre de los Plessis la Costa Azul no me hará llorar. Pero hay un individuo llamado Milton Burns que ha declarado que fué atrapado en el anzuelo por Dedé, y que Jojó le limpió los bolsillos, después que Bébert le atizó con una matraca en la cabeza.

—Era una llave inglesa, comisario —dijo Bébert Plessis—. La verdad ante todo.

—El camino de la virtud puede empezar en Dakar, y en el pozo de la más estricta verdad. Habla, Jojó.

—La americana me dijo que Burns le hacía chantaje, y que me compraría el chalet, y los veintidós cuadros, si yo le devolvía la carta peligrosa. Era una oferta tentadora. Hace tiempo que los Plessis deseábamos un motovelero para dedicarnos al tráfico honrado en Sud-América, la tierra del gran porvenir.

—¿Cuánto te ofreció ella, Jojó?

—¿Debo… contestar?

—Si te pregunto, es para que me contestes.

—Cincuenta mil, pero luego se enamoró de mis cuadros y…

Chasqueó Mars la lengua, como disgustado, y Joseph Plessis dijo apresuradamente:

—Oferta y contraoferta, comisario. Ya conoce usted la cosa. Yo pedí más remuneración por mi esfuerzo. No hubo fractura de caja, y tan sólo me permití enseñar los documentos de Burns. Reconozco

que me tocan seis meses de chirona, pero ahora la familia Plessis está camino de la vida honesta.

—Es posible. Y más vale un pájaro navegando correctamente, que tres Plessis encarcelados.

—¡Gracias, comisario! ¿Bautizamos el barco?

—¿Y la encantadora Dedé?

—Ah… ¡El amor, comisario, el amor!

—El amor no me extravía hasta el punto de no advertirte como a patrón de los Plessis, que a la primera en que te sientas listo, vendré por toda la familia.

Escupieron los dos hermanos en el suelo, tendiendo solemnemente la diestra.

Aquiles Mars aceptó el juramento de los «nervis» marselleses. Dijo:

—Hasta nunca, muchachos.

—Buen viaje, comisario Mars. Y ya sabe… si se le ofrece algo, escriba. Va de corazón.

Aquiles Mars sonrió, alejándose. Prefería tunantes redimidos, a aficionados intentando vivir fuera de la ley.

***

Milton Burns, un jueves por la madrugada, se sentó en la silla eléctrica. Myriam Vandorf fué apagándose, y sólo la muerte apaciguo su celebro enloquecido.

Tony Jackson ha decidido ser, definitivamente, escritor de novelas de amor.

FIN

POR RIVALIDADES AMOROSAS...

un hombre conspira contra un joven pariente suyo, hasta conseguir que éste sea expulsado de la Academia Militar. Llega la guerra, y los dos tienen que enfrentarse otra vez: uno como espía y otro como Inspector del Servicio Secreto de su país. Pero aquél no quiere rendirse y denuncia a su antiguo amigo, quien se ve por un momento seriamente comprometido. Hasta que por fin...

Guerra en la jungla

es el afortunado título que para esté emocionante relato, ha escogido el fecundo e inspirado escritor:

JACK GREY

para la magnífica obra que aparecerá en el próximo número de la siempre interesante Colección:

SERVICIO SECRETO

no deje usted de leer:

Guerra en la jungla

admirable compendio de interés, emoción y vigoroso estilo literario.

En suma, una novela digna de la Colección:

SERVICIO SECRETO